
TELEFONO
COMEDIA DE AVENTURAS EN TRES ACTOS DE
LÓPEZ DE HARO Y GÓMEZ DE MIGUEL
50 cénts.
LA FARSA

Cubierta de este número:

RAIMUNDA DE GASPAR

en

K - 2 9

"K-29"


MERLO.

RAFAEL LOPEZ DE HARO
y EMILIO GOMEZ DE MIGUEL

# "K-29"

COMEDIA EN TRES ACTOS

*Estrenada en el Teatro Pavón, de Madrid
la noche del 10 de octubre de 1930,*

DIBUJOS DE MERLO



LA FARSA

AÑO IV | 25 DE OCTUBRE DE 1930 | NUM. 163
MADRID

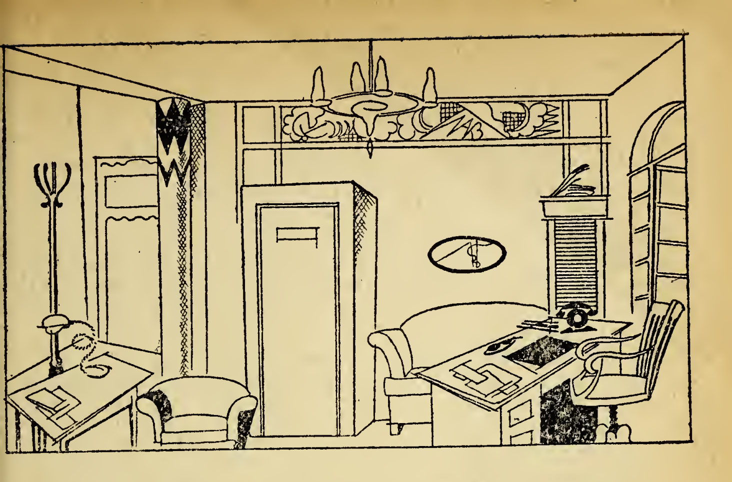
# REPARTO

| PERSONAJES | INTERPRETES |
| --- | --- |
| *Margarita*... ... ... ... ... ... ... | Raimunda de Gaspar. |
| *Ama Virtudes*... ... ... ... ... ... | Consuelo Pastor. |
| *Luisa*... ... ... ... ... ... ... ... ... | Juanita Azorín. |
| *Emma*... ... ... ... ... ... ... ... | Carmen Clavijo. |
| *Doria*... ... ... ... ... ... ... ... ... | Rosita Hernán. |
| *Darío Narbona*... ... ... ... ... ... | Ramón Caralt. |
| *Alfredo Narbona*... ... ... ... ... | Antonio Rovira. |
| *Gabaneda*... ... ... ... ... ... ... | León Lallave. |
| *Anglada*... ... ... ... ... ... ... ... | José Sancho. |
| *Suárez*... ... ... ... ... ... ... ... | Juan Robles. |
| *Daniel*... ... ... ... ... ... ... ... | Luis Campanario. |
| *Míster Loss*... ... ... ... ... ... ... | Miguel Escobar. |
| *Pablo*... ... ... ... ... ... ... ... | Alfredo Hornos. |

Acción, Madrid.—Epoca actual.

Mano, actor.

# ACTO PRIMERO



Despacho del director del rotativo "El Informador". Dos puertas al foro: La que comunica con la redacción, y la de una cabina telefónica que hay en el rincón, a la derecha. En el lateral izquierdo, puerta que da al antedespacho, y por allí al exterior. Otra puerta, en primer término derecha, como de escape. Además del teléfono de la cabina, otro de mesa. Butacas, divanes, cuadros, etc. El despacho está decorado con un lujo severo. De día.

*(Nadie en escena. Al levantarse el telón, el teléfono de la cabina llama. Entra por la izquierda PABLO, el ujier. Va a la cabina receloso, y cuando esta cerca, como el timbre ha callado, se encoge de hombros y hace mutis por donde vino. Por el foro entra ANGLADA, redactor joven, sensible, impresionable, de ademanes y movimientos cómicos. Entra con unos papeles, que deja en la mesa. En el mismo instante vuelve a sonar el timbre de la cabina, y Anglada se lleva un susto mayúsculo. Azorado, nervioso, no sabe qué hacer ni dónde meterse. En el foro, DANIEL MORANTE, redactor joven y serio, con un gesto indefinible en su cara.)*

DANIEL.—Anglada.

ANGLADA.—*(Se halla de espaldas a él y recibe nuevo susto.)* ¿Eh?... ¡Ah! ¿Eres tú?

DANIEL.—¿No has oído el teléfono?

ANGLADA.—¿El teléfono? ¿Que si he oído el teléfo...? ¡Ah!, bueno, claro, la cabina. Te refieres a la cabina. Pues sí que la he oído.

DANIEL.—¿A qué esperas entonces? Anda, comunica.

ANGLADA.—¿Que comunique? ¿Que me meta yo en esa... cabinita? Sí, hombre. ¡No faltaba más! (*Va a la izquierda y llama.*) ¡Pablo! ¡Pablo!... Está el ujier para eso. Si después llaman a algún redactor, bueno; pero entretanto... Yo no le piso el terreno a nadie. Soy el último del periódico, eso sí, pero respetuoso y excelentísimo compañero. (*Llamando.*) ¡Pablo!

DANIEL.—Pero Pablo no viene.

ANGLADA.—Y yo soy tan Pablo como Pablo, porque no voy tampoco. ¿En esa cabinita? ¿Meterme ahí, precisamente hoy en que hace un mes de... aquello? ¡De ninguna manera!

DANIEL.—Pero hombre...

ANGLADA.—Que no, que no. Yo no me meto en esa cabina más que con dos parejas de la Guardia civil. Y como no íbamos a caber todos, pues..., *vualá*, no me meto. Además que..., ya ves, digo, ya oyes, digo, ¡ya no oyes!; el timbre se ha callado, y *tutti contenti!*

(*Daniel ríe con risa cortada y seca. Por el foro, LUISA, con más papeles. Es una muchacha bonita, espontánea, elegante y graciosa.*)

LUISA.—(*Dirigiéndose a la mesa.*) ¿Qué hacen aquí ustedes?

ANGLADA.—Pues ya ve usted, Luisa. Aquí, Anglada, que soy yo, departiendo con Morante, su prometido, que es ese señor.

DANIEL.—(*Muy serio.*) ¡Anglada!

LUISA.—Pero Anglada...

ANGLADA.—¡Ah! ¿No son prometidos? ¿Ni novios tampoco? ¿Ni se gustan siquiera?

DANIEL.—¿Qué te hace suponerlo?

ANGLADA.—¿Que no te gusta esta muchacha encantadora, tan alegre y tan divina, que no se parece en nada a su padre, el director?... ¿Que no te gusta con esos ojos, con esa boca, con esa risa...

DANIEL.—¡Anglada!

ANGLADA.—¿Ves cómo te gusta, hombre?

LUISA.—¡Ja, ja, ja! Nos gustamos, sí, señor. Y somos novios también. ¡Para casarnos! ¡Para ser muy dichosos!... Pero todo a escondidas, por de pronto. Papá no quiere todavía...

ANGLADA.—Su padre de usted no querrá nunca.

DANIEL.—¿Por qué?

ANGLADA.—¿Pero va a casar el director de un gran periódico como éste a una hija tan... celestial como ésta... con un mequetrefe como tú?

DANIEL.—¿Eh?

LUISA.—¡Anglada! ¿Ha dicho usted mequetrefe? Que lo cogemos y lo metemos en la cabina.

ANGLADA.—¡¡No!!

LUISA.—¡Ja ja, ja! ¡Qué valiente!

ANGLADA.—No presumo de eso, señorita. ¿Qué le voy a hacer? En la historia sale un Napoleón cada cinco siglos, y el último es del siglo pasado. Yo no tengo nada de Napoleón, lo confieso.

LUISA.—Ni siquiera la mano así. (*Actitud característica de Napoleón.*)

ANGLADA.—Ni siquiera la mano así. Y ahora, como estorbo... (*Inicia mutis foro.*)

DANIEL.—Ni una palabra de lo que acabas de oír, ¿eh?

ANGLADA.—¿De las relaciones de ustedes? ¡Ni una letra aspirada! Soy un mausoleo, querido. ¡Y esta es la redacción de los misterios! Empezando por el de esa cabina, ¡huy!... (*Mutis.*)

LUISA.—(*Se pone a examinar unos papeles de sobre la mesa. Daniel la observa en silencio. Pausa.*) ¿En qué piensas, Daniel?

DANIEL.—En muchas cosas: nuestro amor, la oposición de tu padre, lo incierto del porvenir..., ¡qué sé yo!

LUISA.—Y la enemiga de mi hermano. Porque contamos también con la hostilidad de Alfredo. No nos privamos de nada.

DANIEL.—Alfredo es el ojo derecho de tu padre.

LUISA.—Como yo lo era de la pobre mamá. ¡Si viviese!... En fin, Daniel, queriéndome tú...

DANIEL.—¡Con toda mi alma! (*Se miran los dos un momento sonrientes. Vuelve a sonar el timbre de la cabina. Luisa se levanta, dirigiéndose a ella. Daniel la contiene con el ademán.*) No, Luisa; tú no.

LUISA.—(*Valerosa.*) ¿Por qué? Sin duda, es una conferencia. Algo interesante para el periódico. ¿Porque pasó lo que pasó? Ya sabes que a papá no le gustan los cobardes. (*Nuevo ademán de ir.*)

DANIEL.—Te digo que no, Luisa. Yo iré. (*Se dirige a la cabina.*)

LUISA.—No. Tú tampoco. (*Viendo que el otro sigue hacia la cabina.*) ¡¡Daniel!!

(*Este se detiene. El timbre vuelve a sonar con insistencia. Momento de perplejidad en ambos. Por la derecha entra DARIO NARBONA, director del periódico; cincuenta años; brusco, enérgico, decidido, domador de voluntades, "un hombre".*)

DARIO.—Bien. Los dos aquí. ¿Por qué suena de ese modo el teléfono de la cabina y no acude nadie?

DANIEL.—Yo iba ya, don Darío.

DARIO.—Quite usted. (*Va resuelto a la cabina y comunica.*) ¿Quién?... "El Informador". El propio director. (*Viendo en los otros movimientos de irse.*) No se vayan. (*Al habla.*) No era a usted. Hable... ¡De prisa! No importa. Tomo sus noticias taquigráficamente. (*Se dispone a hacerlo.*) No hace falta... ¡Que no hace falta! Pero ¿no puede tomar las noticias taquigráficamente el director de un periódico? ¿O es que cree usted que soy un animal... Perdonado... Que perdonado, hombre. Diga usted. (*Escribe con rapidez.*) Más... Más... (*Volviéndose a Daniel*) Que venga Suárez. (*Daniel hace mutis foro, volviendo a poco con SUAREZ, otro redactor.*) Más... Más... (*A Luisa, creyendo que va a marcharse.*) Tú no te vayas.

LUISA.—No me voy, papá.

DARIO.—(*Al habla.*) Más... Sí, señor. (*A Daniel.*) Que entre Anglada. (*Daniel vuelve a hacer mutis por el foro, volviendo con ANGLADA.*) Otra hoja... Bien. Diga usted... Ese telegrama viene retrasado. ¡Que viene retrasado!... Otro... Sí. Bien... Continúe... (*A los otros.*) A ver, la señorita Emma... La señorita Doria... (*Ahora hace mutis Suárez por el foro, volviendo con EMMA y DORIA, redactoras también. Todos quedan esperando. Hay una pausa larga y un silencio absoluto. Darío sigue escribiendo y llenando varias hojas.*) Ya. ¿Nada más?... Bien. Todo tomado... ¿Que rectifique?... Pero, ¿usted conoce a Darío Narbona?... No tengo nada que rectificar. Si hay equivocación, es de usted, ¡no mía! ¡Buenas tardes! (*Cuelga el receptor y sale de la cabina con un puñado de hojas.*) La Agencia llamando y sin acudir ningún redactor. Así me gustan ustedes. Valientes los hombres y decididas las mujeres. Un periódico moderno con una legión de redactores tan audaces... es algo para enorgullecer al director más exigente. En fin, ahí va esta hoja. (*Da una.*) Y esta otra. (*A Emma.*) Y estas dos para usted, señorita. (*A Anglada.*) Y la última. Ahora, a su sitio los cuatro. Y gracias a todos... porque me libran de su presencia. (*Hacen mutis por el foro Emma, Doria, Anglada y Suárez.*) Usted no, Daniel. (*A su hija.*) Y tú tampoco. (*Se sienta.*) Querido Morante, ¿qué tengo dicho a usted a propósito de mi hija?

DANIEL.—Don Darío...

DARIO.—Responda.

DANIEL.—Que no debe usted encontrarnos juntos.

DARIO.—Ni más ni menos. Y usted es hombre que sabe obedecer, ¿no es así?

DANIEL.—Sí, señor.

DARIO.—Luego al encontrarles juntos en este lugar no fué con ánimo de desobediencia, sino porque aquí coincidieron casualmente, como dos redactores cualesquiera. ¿Me equivoco?

DANIEL.—No se equivoca usted.

DARIO.—Perfectamente. Pues si estando aquí oyeron el teléfono de la cabina y no acudieron es porque pesaba en ustedes, como en los demás redactores, el recuerdo de... lo que ocurrió. En tal caso, y ante esa falta de valor, puedo declarar que esta señorita lleva mal mi apellido, y que el Daniel Morante que yo conozco, más que hombre... es un títere y un muñeco.

DANIEL.—Don Darío...

DARIO.—He dicho que es un títere... ¡y un muñeco!

DANIEL.—Está bien. (*Hace mutis foro.*)

LUISA.—Papá...

DARIO.—Ahora puedes marcharte.

LUISA.—Así no, papá. Quiero que me oigas. Daniel no es un cobarde. Iba a la cabina cuando entraste tú. Si no llegó... es porque yo le contuve.

DARIO.—¡Ah!, ¿sí? Le contuviste para que no le pasara como a la otra, ¿verdad? ¡Pobrecito! Eso indica que..., que le quieres.

LUISA.—Sí, papá.

DARIO.—¿A pesar de mis órdenes?

LUISA.—A pesar de todo.

DARIO.—¿También de... mis súplicas y consejos?

LUISA.—¿Qué sabe el amor de esas cosas?

DARIO.—¡Ah! ¿No sabe?...

LUISA.—No.

DARIO.—Entonces debo pensar... que pasarás por encima de mí si hace falta?

LUISA.—Exacto.

DARIO.—Bien, muchacha. Eres audaz, decidida... y resuelta.

LUISA.—Me llamo Narbona, como tú.

DARIO.—Perfectamente. Pero también tienes mi apellido para obedecer.

LUISA.—Y para participar de tu cariño de padre.

DARIO.—¿Qué significa eso?

LUISA.—Que tienes dos hijos, papá, y que en tu corazón no hay más que uno: mi hermano.

DARIO.—¡Ah, ah! ¿Luego supones que...?

LUISA.—No supongo: afirmo, aseguro. Para Alfredo, toda atención, todo afecto y toda ternura. Para mí, todo mal humor... y todo reproche. No está bien, papá.

DARIO.—¿Es ese... valiente el que te inculca semejantes ideas?

LUISA.—No hace falta que nadie me lo diga, porque lo están viendo mis ojos. Si la pobre mamá viviese...

DARIO.—Bueno, bueno. Nada de sentimentalismos. Ni siquiera somos padre e hija en este momento, sino el director y la redactora. ¿Ha venido ese periodista americano? (*Silencio en Luisa.*) ¡Contesta!

LUISA.—No ha venido.

DARIO.—Pues di a Pablo que lo pase en cuanto llegue. (*Lo mismo.*) ¿No oyes?

LUISA.—Sí oigo. (*Mutis por la izquierda.*)

DARIO.—¡Vaya con la mocosa esta! (*Se pone a trabajar.*) (*En el foro, ANGLADA.*)

ANGLADA.—Con permiso. Don Darío...

DARIO.—¿Qué hay?

ANGLADA.—Preguntan de abajo si va el fondo de ayer o el de hoy.

DARIO.—(*Dando un manotazo en la mesa.*) ¡El de hoy! ¿Cuántas veces voy a decirlo?... El de hoy. ¡¡El-de-hoy!! (*Anglada, asustadísimo, azoradísimo.*) ¿Dónde está mi hijo?

ANGLADA.—No..., no sé, don Darío. En la sala de redactores no está.

DARIO.—¿Y en la de máquinas?

ANGLADA.—Tampoco. De allí vengo y no... Estará haciendo eso del Banco.

DARIO.—¿Qué ha sido lo del Banco?

ANGLADA.—Pues no sé decirle...

DARIO.—¿Que no sabe usted?...

ANGLADA.—Es cosa de Suárez, don Darío. A mí no me gusta pisarle el terreno a nadie.

DARIO.—¡Ah, ya! Usted no pisa más terreno que el suyo.

ANGLADA.—Eso es.

DARIO.—El terreno de don Felipe Anglada.

ANGLADA.—Sí, señor.

DARIO.—El terreno de la idiotez...

ANGLADA.—Sí, señor; digo, no, señor.

DARIO.—Sí, señor. El terreno de la idiotez, de la insulsez y de la mentecatez.

ANGLADA.—Como quiera *ustez.*

DARIO.—¿Eh?

ANGLADA.—No, don Darío. No ha sido chiste, don Darío. Señor, Señor, ¿dónde me meto yo? (*Atolondrado, sin saber adónde ir.*)

DARIO.—Métase ¡en la cabina de una vez!

ANGLADA.—¡No!.... ¡¡No!! (*Hace mutis foro.*)

DARIO.—¡Ja, ja, ja!

(*Por la derecha entra ALFREDO. Es un muchacho elegante y despierto.*)

ALFREDO.—Papá...

DARIO.—(*Muy cariñoso.*) Hola, hijo.

ALFREDO.—¿Te reías?

DARIO.—De ese botarate de Anglada, que nunca sabe ni se mete en nada, porque no quiere pisar el terreno de nadie... ¿Vienes del Banco?

ALFREDO.—Sí, papá.

DARIO.—¿Qué ha ocurrido?

ALFREDO.—Nada. El vigilante nocturno, que encontraron esta mañana desvanecido, que...

DARIO.—¿Qué?

ALFREDO.—Pues eso: que estaba desvanecido solamente. Que se sintió mal y...

DARIO.—¿No hay suceso entonces?

ALFREDO.—No lo hay.

DARIO.—(*Amoroso con él, contemplándole embebecido, hecho otro hombre.*) ¡Qué lástima!, ¿verdad, hijo? ¡Ya te imaginabas quién sabe qué! El vigilante desvanecido, la caja saqueada... O quién sabe si un robo simulado para ocultar un delito de quiebra. Un delito que, por otra parte, no escaparía a la sagacidad de un periodista como Alfredo Narbona. ¿Verdad, hijo? Contesta a tu padre. Mírame. Así. En tus ojos los míos... ¿Verdad que no?

ALFREDO.—No, papá.

DARIO.—Hijo mío... (*Le estrecha emocionado; luego él mismo corta el instante de ternura.*) Bien. ¿Y adónde vas ahora? ¿A las máquinas o a la sala de redactores?

ALFREDO.—Donde haga más falta.

DARIO.—Bien contestado. Eres un periodista cabal, y lo mismo te lanzas a la calle en busca de un suceso, que te pones a engrasar la rotativa. Así me gusta. Pues donde haces falta ahora es aquí.

ALFREDO.—¿Aquí?

DARIO.—Conmigo. A mi lado. (*Entra LUISA por la izquierda, en dirección al foro.*) ¿Has dado esa orden al ujier?

LUISA.—Sí. (*Mutis foro.*)

ALFREDO.—¿Qué le pasa a mi hermana?

DARIO.—¡Bah! Tonterías. Que acabo de sorprenderla aquí con

Daniel Morante. ¡Aquí, en mi despacho, como si dijéramos en mis barbas!

Alfredo.—Pero ¿aun dura eso?

Darío.—Aun dura eso. (*Ofreciéndole tabaco.*) ¿No fumas, hijo?

Alfredo.—Bueno, trae. (*El padre le alarga el tabaco y le hace una caricia.*) ¿Y para qué hago falta a tu lado?

Darío.—Quiero que recibas conmigo a míster Loss, ese gran periodista americano que nos tiene anunciada su visita.

Alfredo.—¿Vendrá a preguntar..., a saber...?

Darío.—Claro. El suceso de la cabina: bien me lo figuro. El famoso misterio del K-29.

Alfredo.—No creo que vea lo que no hemos visto nosotros.

Darío.—Desde luego. Pero a costa de "El Informador" y de su misterio, enviará a su periódico un reportaje sensacional.

Alfredo.—Que es a lo que viene.

Darío.—Evidentemente.

(*En la izquierda, PABLO, el ujier.*)

Pablo.—Don Darío... Míster Loss.

Darío.—Que pase.

(*Mutis Pablo, volviendo en seguida para abrir paso a MISTER LOSS, y marchándose nuevamente. Míster Loss es "todo un periodista norteamericano".*)

Loss.—¿El señor director de "El Informador? Harry Loss.

Darío.—Muy señor mío. (*Presentando.*) Mi hijo. (*Saludos.*) Hágame el obsequio de sentarse.

Loss.—Gracias. Señor director, vengo a hacer a usted una interviú. ¿Le parece bien?

Darío.—¿Y si me pareciera mal?

Loss.—Se la haría exactamente lo mismo.

Darío.—Pues me parece bien. Es usted de nuestra madera.

Loss.—¡Bravo!

Darío.—Un periodista sujeto a una interviú. El alguacil alguacilado, que decimos en esta tierra. ¡Y qué diantre!, que gocemos también nosotros alguna vez de las mieles con que regalamos a los demás. ¿No es cierto, hijo mío?

Alfredo.—Sí, papá.

Darío.—Pues pregunte usted. Y que sea la interviú al padre y al hijo; indistintamente le contestaremos los dos.

Loss.—Muy bien. (*Tomando notas.*) ¿Quién fundó este periódico?

Darío.—Darío Narbona. Darío Narbona soy yo.

Loss.—¿Y su hijo?

Darío.—Alfredo Narbona.

ALFREDO.—Servidor de usted.

LOSS.—Perfectamente. Gran tirada la del periódico, ¿no?

DARIO.—El primero del país. Con mi esfuerzo, querido Hary Loss; con mi sangre; luchando, domando voluntades, desruyendo prejuicios, dando siempre la cara. Pregunte a cómo e cotizan sus acciones en Bolsa. Eso lo dice todo.

LOSS.—¿Y el señor Narbona hijo?

ALFREDO.—Educado en la escuela de mi padre, luchando con el y como él, y dispuesto a recoger su historia y su nombre honrados, y a llevar al periódico a una altura mayor, si es posible. (*El padre le mira con orgullo.*)

LOSS.—Muy bien. Ahora, franqueza periodística. En esta obra grande, orgullo de ustedes, hay un punto negro.

DARIO.—La cabina telefónica.

LOSS.—Justamente. ¿Qué pasó en ella?

DARIO.—Cuenta tú, Alfredo.

ALFREDO.—Hoy hace un mes precisamente, una redactora de "El Informador", la señorita Carlota Lutz, de nacionalidad húngara, fué encontrada muerta en ese mismo sitio.

LOSS.—¿Dentro de la cabina?

ALFREDO.—Dentro de ella.

LOSS.—¿De muerte natural?

DARIO.—Asesinada.

LOSS.—¿Y el autor?

ALFREDO.—No se ha encontrado.

LOSS.—Pero las actuaciones judiciales...

DARIO.—Completamente inútiles. Al cabo de un mes, el misterio sigue tan impenetrable como el primer día.

LOSS.—¿Y no sospechan ustedes?

DARIO.—De todo y de todos.

ALFREDO.—Pero no pasamos de ahí.

LOSS.—¿El asesino pertenece a la casa, sin duda?

ALFREDO.—Creemos que sí.

LOSS.—¿Y hombre o mujer?

DARIO.—No hay de ello el menor rastro. Ni siquiera se encontraron huellas digitales.

LOSS.—Muy particular. Y tengo entendido que la muerta...

DARIO.—Parece ser que la muerta era el famoso agente K-29.

LOSS.—¿K-29? ¿Qué significa eso?

DARIO.—Yo le explicaré. Hace algún tiempo, y cuando mayor era la pujanza del periódico, observamos la presencia en él de un elemento extraño. Este elemento era enemigo y eminentemente destructor. Hoy era una información que no salía, mañana una noticia que se anticipaba, después unos do-

cumentos comprometedores que desaparecían... Todo esto iba minando, de manera habilísima, el historial y el prestigio del periódico... Por una confidencia supimos que se trataba del famoso agente soviético "K-29". Nuestro periódico era el primero del país; representaba el progreso, el poderío, la plutocracia... Buen blanco para los comunistas, ¿no? Y enviaron al "K-29" a destruir mi obra, a borrar el nombre que yo trasmitiría a mi hijo, ¿comprende usted?... ¿Quién era ese agente? Ni este ni yo lo sabíamos. Dudábamos de todos; lo veíamos en todos. ¡Qué pesadilla!, ¡qué zozobra! Es muy grande, señor: haber levantado esto para que, de buenas a primeras, una mano enemiga, sin saberse cuál, una mano que seguramente estrechábamos a cada momento..., fuera socavándolo todo. Y una tarde, hace un mes, lo que acaba de decirle mi hijo: en esa cabina, la señorita Carlota Lutz asesinada.

LOSS.—¿Y por qué suponen ustedes que era K-29?

ALFREDO.—Desde ese día no ha vuelto a ser molestado el periódico.

LOSS.—Y las acciones, ¿habrán vuelto a subir?

DARIO.—Más todavía, por el escándalo de este crimen extraño.

ALFREDO.—Además, en la muerta se encontraron unos escritos misteriosos, y en ellos varias veces repetida la cifra "K-29".

LOSS.—¡Qué particular!... Entonces eso indica una de dos cosas: o que el asesino, sea quien fuere, ha querido prestar desinteresadamente al periódico un servicio anónimo, o que la redacción entera se conjuró para librar al periódico de K-29, y saben ustedes quién mató, y se trata en ese caso de un encubrimiento colectivo. ¡Sinceridad periodística!

DARIO.—¡Sinceridad periodística!... Como quiera que los más interesados en defender el periódico somos mi hijo y yo, acaba usted de llamarnos asesinos a mi hijo y a mí.

LOSS.—Míster Narbona...

DARIO.—¡Míster Loss!... Usted ha venido a hacer una interviú, no a comentar ni a suponer. Usted ha venido a saber, no a acusar. Pero como está usted en mi casa, es un periodista extranjero y yo soy generoso, olvido el agravio en este mismo instante, y le digo: Querido Harry Loss, terminada la interviú, ¿quiere usted honrarnos visitando la redacción y la sala de máquinas?

LOSS.—Muy gentil. Con muchísimo gusto. Pero antes un momento. ¿Ustedes me permiten asomarme a la cabina?

DARIO.—¿Por qué no?

*(Loss va a la cabina, permaneciendo allí un momento.)*

*(Por la izquierda entra GABANEDA, financiero propietario del periódico.)*

GABANEDA.—Perdón. No sabía...

DARIO.—Pase usted, Gabaneda. *(Bajo, por Loss.)* Es el periodista norteamericano que viene a informarse del suceso de la cabina.

GABANEDA.—¡Ah!

*(Loss vuelve de la cabina.)*

DARIO.—Presentaré. Don Arturo Gabaneda, financiero, cofundador del periódico y principal propietario... Míster Harry Loss. *(Saludos.)* El señor Harry Loss desea ver la redacción y la sala de máquinas. Si quiere usted, Gabaneda, en compañía de mi hijo, hacerle los honores, se lo estimaré profundamente.

GABANEDA.—Con el mayor placer.

DARIO.—Pues vayan ustedes. *(Los cuatro en el foro.)* Señor Harry Loss, beso a usted la mano.

LOSS.—Señor director... beso a usted la suya.

*(Hacen mutis los tres. Darío queda mirándoles, de espalda a la izquierda, por donde entra MARGARITA, señora joven, muy elegante. Espera sonriente a que Darío se vuelva y la vea.)*

DARIO.—*(Viéndola.)* ¿Eh?... Ah, buenas tardes, señora.

MARGARITA.—Buenas tardes, Darío. ¿No ha entrado aquí mi esposo?

DARIO.—Acaba de pasar a la redacción en compañía de mi hijo, haciendo los honores a un periodista americano.

MARGARITA.—Pues lo celebro.

DARIO.—¿Por qué, señora?

MARGARITA.—Señora, no: Margarita. Yo no le digo a usted Narbona, ni director, sino Darío.

DARIO.—Yo, en cambio, le digo a usted "señora".

MARGARITA.—¿A pesar de...?

DARIO.—A pesar de todo.

MARGARITA.—¿Sin un recuerdo para lo que... hubo entre nosotros?

DARIO.—¡Hace ya tanto tiempo!... Demasiado sabe usted que, desde entonces... soy otro hombre.

MARGARITA.—Sí, señor. Intachable. Inmaculado. ¡Ja, ja!

DARIO.—Un hombre que, aparte del recuerdo a la mujer que fué su vida, se debe a su obra y a sus hijos.

MARGARITA.—Por fortuna, los hijos y la obra pueden irse ya solos.

DARIO.—Yo siempre creeré que necesitan de mi protección.

MARGARITA.—Porque está usted endiosado, don Darío Narbona.

DARIO.—Por eso será.

MARGARITA.—Ahora que yo... no creo en los hombres inmaculados. El más inexpugnable tiene su talón de Aquiles.

DARIO.—Es posible.

MARGARITA.—Es seguro. Aunque se trate de un hombre como usted, que es una fortaleza. El periódico, la casa, los hijos... Nadie le arranca de ahí. Ni el pensamiento de una mujer... que no ha dejado de soñar con el suyo. ¿Es o no claridad?

DARIO.—Sinceridad periodística, como decía Harry Loss.

MARGARITA.—¿Y cómo dice usted?

DARIO.—No, señora. Yo emplearía otra palabra.

MARGARITA.—¿Diría usted..., terquedad..., presunción?... (*Coqueta, junto a él.*) ¿Coquetería?

DARIO.—Esas palabras son merengue puro. Yo diría otra más fuerte y más dura.

MARGARITA.—Pues dígala.

DARIO.—Si yo la pienso, y usted se la figura, ¿para qué decirla?

MARGARITA.—Es usted un grosero.

DARIO.—¡Ja, ja, ja! Ahora me toca a mí reír.

MARGARITA.—¿Y a mí?...

DARIO.—A usted, marcharse con su marido. La cosa es bien sencilla.

MARGARITA.—Acaso tiene razón; porque entre mi marido y usted...

DARIO.—Hay la misma diferencia que entre el cielo y la tierra.

MARGARITA.—Justo. Mi marido es...

DARIO.—La tierra, porque usted lo pisa; y yo soy el cielo, porque usted no me alcanza. ¡Ja. ja, ja!

MARGARITA.—(*Despechada.*) Muy bonito. ¡Muy bonito!

DARIO.—¿Verdad que sí? Como que son frases de un hombre inexpugnable. ¡Ja, ja, ja!...

MARGARITA.—Sin embargo, usted me permitirá que no crea en su risa.

DARIO.—Yo se lo permito todo, señora. Hasta marcharse.

MARGARITA.—Muy galante. Pero yo no me voy.

DARIO.—Allá usted. (*Se sienta.*)

MARGARITA.—Cuando a un hombre le falta educación...

DARIO.—Como cuando le faltan a una mujer entendederas.

MARGARITA.—¿Va eso por mí?

DARIO.—Si va por mí lo otro...

MARGARITA.—En fin, acabemos.

DARIO.—Pero, ¿hemos empezado?

MARGARITA.—Yo sí, a comprender.

DARIO.—Pues ya era hora.

MARGARITA.—(*De pronto.*) Son ustedes muy ingratos los hombres.

DARIO.—¿Sí?

MARGARITA.—Mucho.

(*En la izquierda, PABLO.*)

PABLO.—Con permiso. Don Darío, en la sala de visitas espera el señor Salazar.

DARIO.—Ahora voy. (*Mutis Pablo.*) ¿Conque somos ingratos los hombres? Pues yo no creo que Darío Narbona lo haya sido. Y menos con ustedes.

MARGARITA.—No hablemos de "nosotros". Hablemos de mí.

DARIO.—¡Ah! ¿No quiere usted nada con su marido?

MARGARITA.—(*Resuelta.*) No.

DARIO.—Admiro su gusto. Arturo Gabaneda es un perfecto...

MARGARITA.—Acabe.

DARIO.—¿Que acabe? Si le parece, lo dejaremos en... majadero.

MARGARITA.—Por mí...

DARIO.—Pero un majadero con suerte. Las cuatro perras chicas que tenía cayeron en mis manos y fundé este periódico. A su amparo se ha convertido en hombre de finanzas, y hoy no se deja colgar por unos millones.

MARGARITA.—Es verdad.

DARIO.—Su lujo de usted, señora, su casa y su coche han salido del periódico, y, por lo tanto de mí. Si con eso puede decirse que Darío Narbona es un ingrato...

MARGARITA.—No me ha entendido usted.

DARIO.—No, ¿verdad?

MARGARITA.—La ingratitud de que yo hablo tiene otro sentido. Es por otra cosa. De hombre a mujer. Asuntos del corazón.

DARIO.—¡Bah! ¡El corazón!... Los enterados dicen que ya no se gasta en estos tiempos.

MARGARITA.—Sí, señor: sí se gasta.

DARIO.—Pues se gasta... y se termina. Viene a ser lo mismo.

(*En la izquierda, PABLO.*)

PABLO.—Don Darío, el señor Salazar, que tiene mucha prisa.

DARIO.—En seguida voy, Pablo. ¡En seguida voy! (*Mutis Pablo.*) ¡El corazón!

MARGARITA.—¿No cree usted en él? Pues hay muchas mujeres que lo tienen, y una de esas soy yo. Se comprende, además. Tenía que ser. Nosotras nos enamoramos, por ley natural, del más fuerte, y mi vida se ha deslizado entre dos hombres: mi marido y usted. Usted era el que adquiría la fama y recogía la admiración de todos: el ilustre, el envidiado, el triunfador. Mi marido... no era más que mi marido. ¿Comprende?

DARÍO.—Hace ya mucho tiempo que comprendo. Pero no sé por qué me dice ingrato. Si usted llama ingratitud a haber resistido esa... pasión, yo le llamo nobleza y honradez. Como tampoco veo claro lo del talón de Aquiles. Dicen que cada hombre lo tiene. Yo, la verdad, me miro los míos y no veo... Será que, clásico por clásico, no me llamo Aquiles, sino Darío.

MARGARITA.—Lo explicaré claramente.

DARÍO.—Muy bien, pero con brevedad, porque me esperan en la sala de visitas.

MARGARITA.—El hombre más entero tiene un punto débil: amor propio, vanidad, pasión de padre...

DARÍO.—Lo que se llama "talón de Aquiles".

MARGARITA.—Pues su "talón de Aquiles" es el corazón.

DARÍO.—¿Sí? Como tengo prisa, admitido. ¿Y por qué soy ingrato?

MARGARITA.—Conmigo lo es porque, en vez de herirle en el corazón mi... preferencia de tanto tiempo, le hirió la primera mujer que se cruzó en su camino: una muchacha de veinte años..., extranjera..., con apellido absurdo..., que quién sabe quién era y a lo que venía.

DARÍO.—Repito que me están esperando. Su nombre. Claridad.

MARGARITA.—Carlota Sultz, la que asesinaron hace un mes en esa cabina.

DARÍO.—¿El famoso K-29?

MARGARITA.—El mismo.

DARÍO.—¿Cómo se atreve usted a decir eso?

MARGARITA.—La amaba usted, sabiendo o no que era K-29. Yo misma los ví una tarde en un coche que se cruzó con el mío.

DARÍO.—Eso sí.

MARGARITA.—¿Lo ve usted?

DARÍO.—Ibamos a una obra buena: a asistir a un compatriota suyo que estaba en la miseria. Ella me lo había pedido con tanto afán, con tal emoción...

MARGARITA.—¿Nada más que... a eso?

DARIO.—Nada más.

MARGARITA.—¿Eran siempre el director y la redactora? ¿No había entre ustedes otro lazo?

DARIO.—No lo había. (*Gesto de duda en ella.*) ¿Quiere usted que se lo jure?

MARGARITA.—¿Para qué Darío? Le creo... porque necesito creerle. Pero sí existía una razón para que yo sospechara.

DARIO.—¿Qué razón?

MARGARITA.—Desde el suceso de la cabina, usted no es el mismo. Está de peor humor, más agresivo, más brusco... Como cuando se ama a una mujer y la matan... y no puede uno revolverse contra nadie.

DARIO.—Se equivoca, señora. Es por el simple hecho de haberse cometido en mi periódico, que es mi casa, un crimen que va a quedar impune. Qnienquiera que sea la víctima, es un ser humano lo mismo que nosotros, y sobre todo, una mujer... Para usted, que vive en el ocio y la abundancia, señora, y que todo se lo dieron hecho, no hay en la vida más que frivolidad, capricho, amor. ¡Todo se hace por amor!... Pues no; los que hemos forjado a pulso nuestra vida, sabemos de otros sentimientos más recios. Y ante la nobleza, la propia estimación y el nombre honrado... no cuentan para nada esas frívolas cosas del amor. Ya lo sabe usted. (*Mutis por la izquierda.*)

(*Sola Margarita, tiene un gesto de desdén para Darío. Luego mira en torno, cerciorándose de que nadie la ve, y se dirige a la cabina, cerrándose dentro. Hay una pausa. Por el foro entra ANGLADA con un puñado de telegramas, que deja sobre la mesa. Ve abrirse poco a poco la puerta de la cabina y echa a correr, primero hacia la izquierda y luego por el foro, gritando.*)

ANGLADA.—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Soco...! (*Mutis.*)

(*Margarita sale muy tranquilamente con el listín en la mano para buscar mejor el número que desea a la luz de escena. Luego se sienta y acomoda bien, sin encontrar lo que busca. Por el foro entra LUISA.*)

LUISA.—(*Viéndola y queriendo retroceder.*) ¡Ah! Perdón.

MARGARITA.—No, hijita. No se retire usted. ¿Buscaba a su papá?

LUISA.—(*Turbada.*) No, digo..., sí. Buscaba a papá, claro.

MARGARITA.—¿Con esa cara de susto?... ¿Qué le sucede, Luisa? ¿Puedo ayudarla en algo?

LUISA.—¿Qué quiere usted que me suceda, doña Margarita? Nada.

MARGARITA.—Nada, no.
LUISA.—(*Sonriendo.*) Como usted quiera.
MARGARITA.—Me lo dicen sus ojos y esa risa forzada. ¿Amores contrariados? Porque, en contra de lo que asegura su padre, en el mundo no hay más que amor, amor y amor! ¿Es o no verdad?
LUISA.—Cuando usted lo dice...
MARGARITA.—¡Ea, chiquilla, si lo sé! ¿Cómo van esos amores con Daniel Morante?
LUISA.—Puesto que usted lo sabe...
MARGARITA.—Estoy enterada de todo.
LUISA.—Pues... mal. ¿Cómo van a ir? No siendo del gusto de papá...
MARGARITA.—¿Conque no son del gusto de papá?... Pero, ese hombre es un ogro, un monstruo, un caníbal de amor. Yo me entenderé con él.
LUISA.—¡No!
MARGARITA.—Sí, hija mía.
LUISA.—No, doña Margarita. Usted no hará eso. Precisamente...
MARGARITA.—¿Qué?
LUISA.—(*A punto de llorar.*) Nada, no.
MARGARITA.—Algo es, muchacha. Y grave quizás. Usted antes tan alegre, tan contenta..., toda risa y luz, como le decía Daniel. ¿Ve usted si lo sé? Y ahora... Yo me preguntaba muchas veces: ¿pero es posible que esta chiquilla encantadora sea hija de ese guardabosque del director? Y era así. Pero yo no salía de mi asombro.
LUISA.—(*Tratando de irse.*) Bien, doña Margarita. Si usted me permite...
MARGARITA.—¡Ah, no, no, muchacha! Usted no sale de aquí sin comunicarme la causa de su tristeza. En ese corazón pasa algo. En esos amores hay una nube grande. ¿Pero no ve usted, hija mía, que soy autoridad en cosas de amor?
LUISA.—Repito que no me pasa nada.
MARGARITA.—Y yo lo contrario. Y la retengo aquí hasta que venga su papá y pueda decirle unas cuantas cosas.
LUISA.—No, doña Margarita.
MARGARITA.—Desde este momento me erijo en defensora de vuestros amores.
LUISA.—¿Para qué?
MARGARITA.—¿Cómo que para qué?
LUISA.—Acabo de reñir con Daniel Morante.
MARGARITA.—¿Eh?... ¿De veras, chiquilla?

LUISA.—De veras.

MARGARITA.—¿Cómo ha sido eso?

LUISA.—Ya ve usted. Daniel tuvo hace poco unas palabras con papá y... como papá tiene ese genio...

MARGARITA.—Le insultó, ¿verdad?

LUISA.—Le llamó muñeco, títere, ¡yo qué sé! Y Daniel, que todo se lo ha tolerado siempre porque me quería..., hoy lo tomó a mal y...

MARGARITA.—Y riñó con su padre.

LUISA.—Con él se calló. Pero luego ha venido a mortificarme a mí. Yo, la verdad, tampoco he tenido paciencia y...

MARGARITA.—Y todo deshecho.

LUISA.—Todo.

MARGARITA.—¡Vaya por Dios! Pero algún arreglo habrá.

LUISA.—Ninguno, doña Margarita. Daniel se despide hoy mismo del periódico.

MARGARITA.—¿Eso también?...

LUISA.—Por si era poco lo demás.

MARGARITA.—¿Y adónde iba usted ahora, muchacha?

LUISA.—A casa. A decirle a ama Virtudes que me hiciera una taza de tila y a acostarme.

MARGARITA.—¿Ama Virtudes?

LUISA.—Sí, ya la conoce usted. El ama de llaves de casa. Desde que murió mamá ha hecho de madre para Alfredo y para mí. Para mí sobre todo, que me he visto más abandonada. Porque papá... no ha tenido ni tiene ojos más que para mi hermano. (*Llora.*)

MARGARITA.—Ea, ea, chiquilla. Pero ese hombre... ¿De qué tribu salvaje se ha escapado ese hombre?

LUISA.—Sin embargo, si usted le ve, no le diga nada. Será mejor. Estoy más nerviosa... Adiós, doña Margarita.

MARGARITA.—Adiós, hija mía. Que pase pronto la nube de esos amores.

LUISA.—No pasará.

MARGARITA.—Pues que pase siquiera ese estado de nervios.

LUISA.—Eso tal vez. Gracias. (*Se dirige a la izquierda.*)

MARGARITA.—¿Se va usted por ahí? Su padre está en la sala de visitas.

LUISA.—Entonces no. Adiós. (*Mutis por la derecha.*)

MARGARITA.—Adiós. (*Sola.*) ¡Pobre muchacha! ¡El pícaro amor! ¡Siempre el pícaro amor! En fin... (*Vuelve a coger el listín y a buscar su número. Por el foro entran ALFREDO y GABANEDA.*)

GABANEDA.—Hola. ¿Estás ahí?

MARGARITA.—Aquí estoy.

ALFREDO.—Buenas tardes, doña Margarita.

MARGARITA.—Buenas tardes, Alfredo. ¿Se ha ido ya el míster?

ALFREDO.—Sí, señora. Y muy complacido de la visita a nuestro periódico.

GABANEDA.—¿Qué estás buscando?

MARGARITA.—El número de la perfumería. No puedo dar con él. Bien. Buscaré más tarde. ¿Conque se ha ido complacido?

ALFREDO.—Mucho. ¿Y mi padre?

MARGARITA.—Está en la sala de visitas con un pelmazo.

ALFREDO.—¿Y mi hermana? ¿No pasó por aquí?

MARGARITA.—Ha ido a casa a que ama Virtudes le hiciera algo caliente y a acostarse.

ALFREDO.—¿Se encuentra mal?

MARGARITA.—Un poco nerviosa. No es nada.

ALFREDO.—Alguna discusión con ese... tipo.

MARGARITA.—¿Usted tampoco le puede ver, Alfredo?

ALFREDO.—Yo tampoco. Y si Luisa tuviera que hacernos caso a papá y a mí...

MARGARITA.—Decididamente, son ustedes dos ogros.

GABANEDA.—(*Que se ha sentado a la mesa, como a escribir una carta.*) ¡Qué cosas dices, Margarita!

MARGARITA.—Y no me vuelvo atrás. (*Viendo venir a Darío.*) Y se lo digo en la misma cara a don Darío Narbona.

(*Entra DARIO por la izquierda.*)

ALFREDO.—¿No oyes, papá?

DARIO.—Hola, hijo mío.

ALFREDO.—¿No has oído a doña Margarita?

DARIO.—Sí, algo de ogros. Por ti y por mí, ¿verdad? Lo malo... o lo bueno es que tiene razón. ¿No es eso, hijo mío? (*Acariciándole.*) Benditos sean los ogros si... ¿Eh, Gabaneda? ¿No opina usted igual?

GABANEDA.—Sí, sí, como usted. Yo opino en todo como usted. (*Sigue escribiendo.*)

DARIO.—Mejor. Por saberlo así no le llamé a la entrevista que acabo de tener con Salazar.

GABANEDA.—¿Con Salazar? ¿El abogado de ese ferrocarril?

DARIO.—Sí, señor.

GABANEDA.—¿Y a qué ha venido Salazar?

MARGARITA.—Si van a hablar ustedes de algo secreto...

GABANEDA.—No, no te vayas. Sobre todo, estás en antecedentes.

MARGARITA.—Pero no recuerdo bien...

DARIO.—Yo le explicaré. Hay un periódico, "La Tarde", ene-

migo nuestro. Es el que ha hecho la campaña más violenta contra nosotros, con motivo del K-29.

ALFREDO.—Menos llamarnos claramente asesinos, todo.

DARIO.—Pues bien, ese periódico patrocinaba un ferrocarril secundario, que fué concedido por sorpresa. Y aquí entramos nosotros. Por azar han venido a nuestras manos una serie de documentos sustanciosos que descubren todo el misterio de ese ferrocarril y las partidas inconfesables que han ido a parar al periódico y a sus valedores. ¿Entiende usted, señora? ¡Un escándalo! ¡Un escándalo mayúsculo! Nuestro periódico subirá como la espuma. En la edición de anoche prometimos que a partir del domingo próximo empezaremos a publicar esos documentos. ¿Se da usted cuenta? A eso ha venido el abogado de la compañía. (*En el foro, SUAREZ con un periódico en la mano, consternadísimo.*) ¿Qué pasa, Suárez?

SUAREZ.—Yo no sé si debo... Le creí a usted solo, don Darío...

DARIO.—¡Hable usted!

SUAREZ.—Acaba de salir "La Tarde", y he aquí uno de los números.

GABANEDA.—¿Qué dice?

ALFREDO.—¿El asunto del ferrocarril?

SUAREZ.—Sí.

DARIO.—Lea usted.

SUAREZ.—Con grandes titulares (*Lee.*): "El Informador", con toda su historia y todo su poder, es un vulgar periódico de chantaje..."

GABANEDA.—Más. Siga usted.

SUAREZ.—"...El asunto del ferrocarril secundario. Promete "El Informador" dar a la publicidad una serie de documentos a sabiendas de que no los posee..." (*Todos se miran unos a otros.*)

DARIO.—¡Bah! ¿Y eso era todo? ¿Conque no los poseemos? Están en la caja de la Administración.

SUAREZ.—Don Darío...

DARIO.—¿Qué?

SUAREZ.—No están en la caja de la Administración.

DARIO.—¿Robados?

SUAREZ.—Robados.

GABANEDA.—¡¡Robados!!

ALFREDO.—Pero ¿cómo es posible? ¿Y sólo esos documentos?... ¿Qué hace don Luis?

SUAREZ.—¿El administrador? Asistiéndole están. En cuanto se ha descubierto el robo se ha desvanecido y no vuelve en sí.

ALFREDO.—Pero ¿sólo esos papeles han robado?

SUAREZ.—Sólo, don Alfredo.

DARIO.—Alguien de la casa, entonces.

ALFREDO.—Pero ¿quién?

DARIO.—¿No hay un rastro? ¿Una huella?

SUAREZ.—Hay una tarjeta, don Darío. Como antes. Como hace tiempo. El "K-29".

(*Pausa impresionante.*)

GABANEDA.—(*Al cabo de un momento.*) ¡El "K-29"! Entonces...

DARIO.—Me lo temía. La señorita Carlota Lutz no era "K-29". Sin duda, iba a decir por teléfono que había descubierto al agente misterioso. Sin duda, fué víctima de "K-29".

GABANEDA.—Dejemos eso ahora. Lo cierto es que vive ese fantasma, y que ese maldito "K-29", después de robar los documentos, habrá avisado a "La Tarde" para que entrase hoy la noticia en máquina. ¡Y quién sabe si ha avisado por esa misma cabina! Es desesperante. Mañana, en la Bolsa, las acciones de este periódico irán por los suelos.

MARGARITA.—(*Tratando de calmarle.*) ¡Arturo! ¡Arturo!...

GABANEDA.—(*Resuelto.*) Voy a avisar a la policía. (*Va a la cabina.*)

MARGARITA.—Pero Arturo...

DARIO.—Déjelo usted.

GABANEDA.—(*En la cabina, descubriendo una tarjeta.*) ¿Eh? ¿Qué significa esto? ¿Burla, escarnio además? ¡Una tarjeta!... ¡"K-29"!... ¿Quién ha entrado en esta cabina?

MARGARITA.—Yo la última, Arturo. Pero no vi ninguna tarjeta.

GABANEDA.—¿Es cierto lo que dices, mujer?

MARGARITA.—Completamente cierto.

DARIO.—Yo también la ocupé antes, a presencia de todos, para tomar unas noticias, y tampoco vi nada.

ALFREDO.—¡Ah!... Entre papá y doña Margarita ha estado otra persona en esa cabina. ¿No caen ustedes? Harry Loss, el periodista americano.

MARGARITA.—Es verdad.

ALFREDO.—¿Estaremos ante un asunto gravísimo? ¿Ante un escándalo internacional?

DARIO.—¡Quién sabe!... Será mejor que el caso no trascienda. Calma, Gabaneda, mucha calma. De aquí al domingo, en que tiene que empezar la publicación de esos documentos..., hay que descubrir como sea al "K-29"! Mi hijo y yo nos encargamos de ello.

MARGARITA.—Será lo mejor. Vámonos, Arturo.

DARIO.—Perdón, señora. Pero su marido tiene que ir a la Administración a interrogar a don Luis y a los demás. Yo iré también. Tenemos que juramentarnos todos para que el secreto no salga de la casa. Vaya usted, Gabaneda.

MARGARITA.—En ese caso...

DARIO.—Buenas tardes, señora. (*Se sienta a la mesa. Gabaneda hace mutis por el foro, y Margarita, por la izquierda. Hay una pausa en la que padre e hijo se miran.*) ¿Tú creees, hijo mío, que ese periodista americano, Harry Loss, puede ser "K-29"? Sinceramente.

ALFREDO.—En el primer momento lo he supuesto, papá. Pero ahora, en frío..., Harry Loss no estaba aquí cuando las anteriores fechorías de "K-29".

DARIO.—Exacto. Voy a escribir unas líneas al comisario Brandón. Se las llevarás tú mismo.

ALFREDO.—Bien, papá. (*Hay una pausa. Darío escribe. En el foro aparece DANIEL. Viéndole, con extrañeza y estupor.*) ¿Eh?

DANIEL.—Don Darío...

DARIO.—¿Qué pasa? ¿Qué tiene usted que decirme?

DANIEL.—Que me voy del periódico. Puede usted disponer de mi plaza.

DARIO.—¿Razón?

DANIEL.—Antes, a presencia de su hija, me ha insultado usted. Como esto no puede tolerarlo un hombre..., he reñido con su hija y me voy del periódico.

DARIO.—¿Sí? ¿Ha reñido usted con mi hija?... Lo demás no tiene importancia. ¿Su nómina?...

DANIEL.—Cobrada ayer. El día de hoy... tampoco tiene importancia. Buenas tardes. (*Mutis izquierda.*)

DARIO.—Llama a tu hermana. Quiero felicitarla.

ALFREDO.—Se ha retirado a casa, indispuesta.

DARIO.—Nada sabía...

ALFREDO.—Un presentimiento, papá. ¿Y si ese hombre...? Llama a la policía. Que lo sigan. ¡Que lo prendan!

DARIO.—Tienes razón. Voy a llamar. (*Pone un número en el teléfono de mesa.*) Ama Virtudes, ama Virtudes...

ALFREDO.—¿Pero llamas a casa, papá?

DARIO.—Otro presentimiento, hijo mío... Espera. Ama Virtudes... ¿Está Luisa en casa?... ¿No?... ¿Dice usted que no?... (*Cuelga.*) ¡Tu hermana se ha escapado con ese miserable!

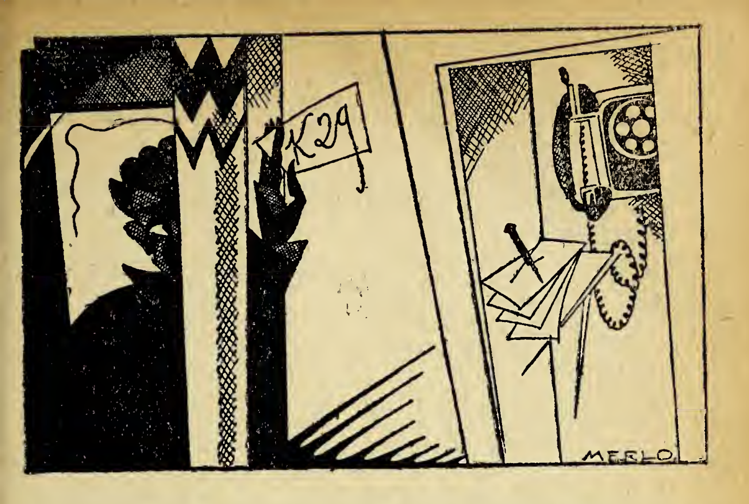
ALFREDO.—¿Serán ellos, entonces?

DARIO.—¡Oh, calla!... ¡Eso no! ¡Eso no!... (*Cae abatido. Telón.*)

FIN DEL PRIMER ACTO



## *ACTO SEGUNDO*




La misma decoración del acto anterior. Es de noche, a la hora del cierre del periódico. Han pasado ocho meses. Invierno.

(*ALFREDO en escena, sentado a la mesa de su padre, trabajando. Por el foro entra PABLO, el ujier.*)

PABLO.—Don Alfredo, la señorita Emma y la señorita Doria, que vienen en seguida.

ALFREDO.—Bueno. ¿Y Romero, el fotógrafo?

PABLO.—No ha llegado aún.

ALFREDO.—¡Qué fastidio! (*Mira el reloj.*) ¡Con lo tarde que es!... ¿Por qué no pregunta usted a Pepe Suárez, que es pariente suyo?

PABLO.—He preguntado ya.

ALFREDO.—¿Y qué?

PABLO.—No sabe nada.

ALFREDO.—Pepe Suárez no sabe nunca nada. ¿Está preparado el coche?

PABLO.—Sí, señor.

ALFREDO.—¿Con las mantas?

PABLO.—Con todo.

AFREDO.—Con todo... menos con el fotógrafo. ¡Este Romerito! En fin... (*En el foro EMMA y DORIA.*) Esperaré cinco minutos más. Pasen ustedes, señoritas.

(*Mutis Pablo por izquierda.*)

EMMA.—¿Qué desea usted, don Alfredo?

ALFREDO.—Confiar a ustedes un encargo, en nombre de mi padre.

DORIA.—¿Está enfermo don Darío?

ALFREDO.—Se ha echado un poco ahí dentro... (*Derecha.*) con dolor de cabeza. Nada de cuidado.

DORIA.—Pues usted dirá.

ALFREDO.—Hace unas semanas se le pidió a usted, señorita Emma, un reportaje sensacional sobre los cuadros del Museo, y otro a usted, señorita Doria, sobre los alcoholes.

DORIA.—Sí señor.

EMMA.—En estudio los teníamos cuando su padre de usted ordenó que los dejáramos en suspenso.

ALFREDO.—Bien. Pues hay que hacerlos cuanto antes.

EMMA.—En seguida.

ALFREDO.—Y con la mayor valentía posible.

DORIA.—Así se hará.

ALFREDO.—*El Informador* necesita ahora una de sus grandes campañas de escándalo, que vamos a hacer por partida doble. Mejor dicho, por partida triple, pues al asunto de los alcoholes y al de los cuadros del Museo hay que añadir el de ese crimen impune de la Sierra. Toda la Prensa ha dicho su última palabra. *El Informador* tiene que decirla todavía...

DORIA.—¿Sale usted para allá?

ALFREDO.—Dentro de unos minutos. (*Ellas se miran y ríen.*) ¿Se ríen ustedes?... ¿De qué? ¿No puedo saberlo?

DORIA.—Sí, señor. ¿Ha leído usted *La Tarde*, en su edición de las ocho?

ALFREDO.—No.

EMMA.—Pues viene curiosa. El periódico de enfrente no perdona ocasión...

ALFREDO.—¿Qué dice?

EMMA.—¿Verdad, Doria?

ALFREDO.—Pero hablen ustedes. Háganme el favor.

DORIA.—Pues dice así, con grandes titulares: "Alfredo Narbona, detective. El y sus cachorros van a desentrañar el misterio de la Sierra. ¿Por qué no descubren antes el de su cabina telefónica?"

ALFREDO.—¿Dice eso *La Tarde*?

EMMA.—Sí, señor.

ALFREDO.—Y si yo he preparado mi viaje con el mayor secreto, ¿cómo hoy, a las siete, han podido ellos conocer la noticia?

EMMA.—Por el K-29. Usted sabe que el K-29, después de ocho meses de inactividad, desde el suceso aquel del ferrocarril secundario...

DORIA.—En que tan mal quedamos...

EMMA.—Eso; en que tan mal quedamos...; pues lleva tres o

cuatro días actuando. Hasta ahora son cosas de relativo interés, alfilerazos como este que le dirigen a usted, pero indica que una persona desde aquí comunica a ese periódico cuanto vamos a hacer. De un momento a otro, puede dar una noticia bomba, y entonces...

ALFREDO.—¡Es inaudito! Y que no sepamos... En fin, señoritas, no es la primera vez que amenaza al *Informador* ese peligro. Contra él va a abrirse una acción misteriosa y violenta. Pues el modo mejor de contrarrestar al maldito K-29 es gritar nosotros también, y ¡con muchas bocas! Cuadros del Museo, alcoholes, crimen de la Sierra. A un mismo tiempo tres campañas. Hay que luchar, señoritas. Hay que vencer.

EMMA.—Por nosotras, con todo entusiasmo. De los demás... (*Rectificándose.*) de algunos de los demás... no respondemos.

ALFREDO.—¿Que no responden? ¿Hay alguna sospecha?... (*Ellas vuelven a mirarse.*) Hablen, por favor.

DORIA.—Hay... una voz pública dentro de la casa.

ALFREDO.—Y dice...

(*Por la derecha entra DARIO.*)

DARIO.—¿Qué dice esa voz pública? ¡Con valentía!

DORIA.—Don Darío... (*Cohibida.*)

DARIO.—Con valentía, repito. O usted si no, señorita Emma. Es muy cómodo hablar por hablar. Pero ustedes no son como las otras mujeres. Y además pertenecen a la redacción de un periódico: ¡el mío!

EMMA.—Es que, don Darío, se trata de un asunto delicado y...

DARIO.—Mejor para hablar. Yo entiendo así las cosas. ¿No es honrado mi nombre? ¿No es transparente mi vida? Pues entonces...

DORIA.—Es que se trata de su hija de usted.

DARIO.—¿De mi hija?

EMMA.—Bueno, de ella no.

DORIA.—Claro, de ella no; de... Daniel Morante.

DARIO.—De su marido. Diga usted de su marido. Se marcharon juntos, muy lejos, pero me pidieron permiso para casarse. Yo lo negué, no queriendo saber de ellos nada, pero me lo arrancaron al fin. Y aunque no tengo tal hija en el mundo... Daniel Morante ¡es su marido! Un ingrato, un granuja, ¡pero es su marido!

DORIA.—Sí, señor. Todos lo sabemos.

DARIO.—Pues venga de ahí. ¿Qué dice esa voz pública?

DORIA.—No concreta ni acusa: se limita... a señalar una serie de coincidencias.

DARIO.—Que son... Pronto, señorita.

DORIA.—Pues, sencillamente, que... cuando el marido de su hija de usted salió del periódico se borró también la sombra

del K-29. Y la reaparición de ese K-29 coincide ahora, desde hace unos días...

DARIO.—¿Con la de mi yerno? ¿Pero anda por ahí ese bribón? (*A Alfredo.*) No me has dicho nada.

ALFREDO.—Es lo primero que sé, papá.

EMMA.—Dicen que anoche estuvo en la sala de linotipias.

DARIO.—¿Aquí? ¿Dentro del periódico? (*Al hijo.*) Pero, ¿tú oyes esto?... (*Después de una pausa.*) ¡Ja! Daniel Morante ¡el K-29! Tiene gracia. Porque eso quiere decir la voz pública. O yo soy tonto de remate. ¿De modo que me creen ustedes emparentado con un ladrón de documentos, y, a la vez... asesino? Pues yo, la verdad, había casado a mi hija con un títere, con un muerto de hambre, pero no con un agente secreto. K-29 es hombre listo, que salta por ventanas, abre puertas y nos engaña a todos. Y eso no entra de ningún modo en la capacidad de mi yerno. Pero, en fin: sepan ustedes, señoritas, que tarde o temprano, ese K-29 caerá en nuestras manos. Y que no habrá piedad para él, sea quien fuere. Aunque se llame Daniel Morante. Aunque se llamara Luisa Narbona. ¿Está claro? Con lealtad, con franqueza: ¿está claro?

EMMA.—Está claro, don Darío.

DORIA.—Sí, señor.

DARIO.—Pues no se hable más. (*Las despide con un gesto. Hacen ambas mutis por el foro. Se llega a su hijo, amoroso.*) ¿Qué esperas para marcharte, hijo?

ALFREDO.—Al fotógrafo, papá.

DARIO.—¿Pero no ha venido aún ese botarate?

ALFREDO.—Estoy esperándole hace media hora.

DARIO.—Como os descuidéis un poco no llegáis al amanecer a la Sierra. Y es preciso que esa información salga en el número de la noche.

ALFREDO.—Saldrá, papá.

DARIO.—Saldrá. ¡Con qué seguridad lo dices! Eres de la madera de los buenos periodistas. Yo aborrezco a los hombres que emplean "sin duda", "veremos", "tal vez"... Hay que afirmar o negar siempre. "Haré". "No haré"... (*Acariciándole amoroso.*) Hijo de mi alma... ¿Pero dónde se ha metido ese bellaco de Romero?

(*Por el foro, SUAREZ, con unas galeradas, que entrega a Alfredo.*)

SUAREZ.—Con permiso.

DARIO.—¿Y su cuñado, Suárez?... ¿Se puede ser fotógrafo y faltar a la obligación de esta manera?

SUAREZ.—Yo le explicaré, don Darío.

DARIO.—Esa explicación, ¿me va a hacer entrar a su cuñado por esa puerta?

SUAREZ.—No, señor.

DARIO.—Pues entonces no me explique usted nada; necesito un fotógrafo.

SUAREZ.—Evidente.

DARIO.—Sí, señor. Y como usted no lo es...

SUAREZ.—No me necesita usted para nada.

DARIO.—Evidente.

SUAREZ.—(*Rezongando.*) Lástima de interés que uno pone...

DARIO.—¿Qué dice usted, Suárez?

SUAREZ.—No decía nada, don Darío.

DARIO.—Más vale así. Me entenderé con su cuñado en cuanto venga.

SUAREZ.—Como no quiere usted...

DARIO.—¿Oírle? Desde luego. Estoy acostumbrado a sus historias.

SUAREZ.—Sin embargo, esta vez...

DARIO.—Esta como todas.

ALFREDO.—(*Devolviéndole las galeradas.*) Aquí están las galeradas.

SUAREZ.—Muy bien. (*Las coge y hace mutis por el foro. Padre e hijo le siguen con la vista.*)

DARIO.—No me gusta la actitud de ese hombre. Y menos aún la desaparición de su cuñado. Habrá que averiguar...

ALFREDO.—Papá... que no necesitamos una averiguación.

DARIO.—Justo, hijo mío. Me devuelves mis palabras. Necesitamos un fotógrafo. Pues ahora te lo mando. Hay uno en la redacción, *amater* nada más, pero... valiente y decidido. ¡Ja, ja! Para eso de la Sierra ya está bien.

(*Mutis por el foro. Alfredo vuelve a consultar su reloj. En la izquierda PABLO, anunciando.*)

PABLO.—Don Alfredo, está ama Virtudes.

(*Entra Ama VIRTUDES, toda bondad y cariño para los Narbona. Trae un cestito y un paquete.*)

VIRTUDES.—Ama Virtudes, que no necesita que la anuncie un ujier. ¿Se entera usted, Pablo? ¡Ja! ¡Vaya una cara de susto! Hola, hijo...

(*Mutis Pablo.*)

ALFREDO.—Pero, ama Virtudes... ¿A estas horas? A qué viene usted?

VIRTUDES.—A tirarte de las orejas. Me he tenido que enterar de que salías de viaje. Con este frío... y a la Sierra nada menos.

ALFREDO.—El coche lleva mantas, ama Virtudes.

VIRTUDES.—Pero tú no llevas tu chaleco de piel. Ni seguramente nada para comer por el camino. ¡Ay! gracias a que ama Virtudes está en todo... Ama Virtudes piensa siempre por vosotros... Mira: aquí tienes unos fiambres y unas frutas, y un tarrito con mantequilla, y el termo con leche muy caliente... Para que puedas hacer tu desayuno de siempre.

ALFREDO.—Ama Virtudes...

VIRTUDES.—No vas a desayunar en un fonducho del camino, ni en un hotel siquiera, donde no saben tus gustos... ¿Verdad que no, hijo? ¡Je, je, je!... ¿Verdad que no?

ALFREDO.—Es usted muy buena, ama Virtudess.

VIRTUDES.—Buenos vosotros, tu padre y tú. ¿Qué sería de la pobre Virtudes en el mundo, sin vuestro cariño, ni vuestro... (*Reportándose*) Pero ¡ea!, no he venido a entristecerte. No te he traído lágrimas, sino cosas sustanciosas para el desayuno. ¡Ah! y el chaleco. Te pondrás el chaleco, ¿eh?

ALFREDO.—Eso sí que no.

VIRTUDES.—Eso sí que sí. ¡No faltaba más!... De piel de cabra. ¡Y curtida por mí...! Tú te pones el chaleco por encima de todo. (*Reparando.*) Bueno, por encima de todo, pero por debajo de la americana... ¡Je, je, je!

ALFREDO.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué ama Virtudes!

VIRTUDES.—Hijo mío...

(*En el foro ANGLADA.*)

ANGLADA.—(*Que entra disparado, se detiene al verlos.*) ¡Ah, perdón!

ALFREDO.—Pasa, Anglada, pasa.

ANGLADA.—¡Pero si es ama Virtudes!

VIRTUDES.—Hola, calaverilla. ¿Cómo va ese miedo? (*A Alfredo.*) Este es el que tiene miedo, ¿verdad?

ANGLADA.—¿Miedo?

ALFREDO.—¿Miedo? Si es el Gran Capitán.

ANGLADA.—Justo, señora.

VIRTUDES.—Un Gran Capitán... que no entra en cierta cabina, aunque lo amarren. ¡Je, je, je!

ANGLADA.—¿Eh?... Señora, bueno, sí, claro... Es que hay cabinas que... Usted comprenderá. Esa, por ejemplo... (*Virtudes ríe con ganas.*) ¿Qué, Alfredo? Me ha dicho tu padre que me esperabas...

ALFREDO.—Sí, ahora mismo nos vamos.

ANGLADA.—¿Al casino?

ALFREDO.—A la sierra.

ANGLADA.—¿Cómo a la sierra?

ALFREDO.—Vamos a hacer una información verdad de ese crimen.

ANGLADA—¡Ah! ¿Pero era eso? No, no: esa información la haces tú solito, y muy bien. Ya sabes que a mí no me gusta pisar el terreno a nadie.

ALFREDO.—Si es que vienes conmigo de fotógrafo.

ANGLADA.—¿De fotó... ¡De ninguna manera!

ALFREDO.—¡Anglada!

ANGLADA.—¿De fotógrafo yo?... Pero ¿estás loco, Alfredo?

ALFREDO.—Eres un buen *amater*... Tienes una máquina excelente...

ANGLADA.—¿Y Romerito?

ALFREDO.—Romerito no viene... él sabrá por qué.

ANGLADA.—Y yo también sé por qué. Y su cuñado Suárez lo mismo.

ALFREDO.—Pués sabéis más entonces que mi padre y yo. ¿Por qué no viene Romero?

ANGLADA.—Porque lo han secuestrado.

ALFREDO.—¿Quién?

ANGLADA.—¿Quién va a ser? El ¡K-29! (*Ama Virtudes ríe a más y mejor.*) Así está de preocupado Pepe Suárez. ¿Y si ahora le da a ese bandido por los fotógrafos, quieres que yo... ¡piscis!

VIRTUDES.—Pero, Alfredito, hijo: ¿y este es el Gran Capitán?

ANGLADA.—Tratándose del K-29, ama Virtudes, ¡ni corneta!... ¡Vaya unas bromas! Me voy del periódico ahora mismo.

ALFREDO.—Pero, Anglada...

ANGLADA.—¡Que no, vamos, que no!... !Conque sabéis ya que no me gusta pisar el terreno de nadie, y queréis que me meta en el de ese monstruo? (*Mira a todas partes, con temor, como si el K-29 se oyese llamar monstruo.*) ¿Le he llamado monstruo? ¿A ver si me oye? Porque es invisible... como los billetes de a mil. (*Haciendo un desplante al vacío.*) Bueno, sí, le he llamado monstruo. ¿Qué pasa? (*Ama Virtudes se levanta y hace ruido con la silla, lo que proporciona a Anglada un susto mayúsculo.*)

ALFREDO.—(*Recogiendo los papeles.*) ¡Ja, ja, ja!... No pasa nada, hombre. Ni siquiera pasa... un minuto más, porque nos vamos al coche ahora mismo. Recogerás los trastos en tu casa, y andando. A usted también la llevo, ama Virtudes.

VIRTUDES.—No, hijo mío. Yo he venido en un taxi.

ALFREDO.—Pues en marcha.

ANGLADA.—Que no, Alfredo, hijo...

ALFREDO.—Que sí, Anglada, hijo...

VIRTUDES.—¡Los hombres han de ser valientes!

ANGLADA.—Que no, ama Virtudes, hija, digo madre, digo tía, digo... no sé lo que digo.

VIRTUDES.—¡Andando! (*Le da un empujón.*)

ANGLADA.—Me buscan ustedes la ruina, la muerte y la desaparición.

ALFREDO.—¿Qué más quisieras tú que desaparecer? (*Ríen Alfredo y Ama Virtudes y hacen mutis los dos con Anglada por la izquierda.*)

(*Queda vacía la escena un momento. A poco entra SUAREZ por el foro, con todo género de precauciones. Después de mirar a todas partes, y cuando se considera seguro de no ser espiado,*

*llégase a la cabina, una vez allí, saca del bolsillo un punzón o barrenita y se pone a manipular cerca del techo, como abriendo un agujerito en la tubería del gas que pasa por dentro de la cabina. En esta operación le sorprende GABANEDA, que entra por la izquierda.)*

GABANEDA.—¿Eh?... ¿Qué hace usted ahí?... (*El otro se vuelve.*) ¡Suárez!...

SUAREZ.—Señor Gabaneda...

GABANEDA.—Explíquese, explíquese ahora mismo. O hago que le detengan. (*Va a la mesa, como para llamar.*) ¡Pronto!

SUAREZ.—Pues verá usted...

GABANEDA.—¡Ya tenemos al canalla, al espía, al maldito K-29!

SUAREZ.—Señor Gabaneda...

GABANEDA.—No quiero saber más. Aquí todos. ¡Redacción! ¡Redacción!... (*Quiere ir al foro.*)

SUAREZ.— (*Interponiéndose.*) Señor Gabaneda, ¡yo no soy el K-29!

GABANEDA.—¿No?

SUAREZ.—(*Con energía.*) ¡No, señor!

GABANEDA.—Explíquese entonces. ¿Qué hacía usted en esa cabina?

SUAREZ.—Todo se lo diré.

GABANEDA.—¿Dirá usted también por qué ha desaparecido su cuñado?

SUAREZ.—También.

GABANEDA.—Pues veamos. Debe haber razones poderosas...

SUAREZ.—Definitivas. Se trata nada menos que de la captura del K-29, que va a tener lugar esta misma noche.

GABANEDA.—Nada me ha dicho don Darío.

SUAREZ.—Porque nada sabe. Porque nada ha querido oír. Usted conoce al señor Narbona: encasilla a uno, forma un criterio de sus redactores, y para siempre. A mí me tiene por hombre perfectamente inútil. Sí, señor Gabaneda. Lo sé. Pero yo he querido demostrar que valgo más de lo que él supone; me he propuesto desenmascarar al K-29, y he de conseguirlo.

GABANEDA.—Pero, ¿actuando a espaldas de su director?

SUAREZ.—¿No le digo a usted que no ha querido oírme? Iba a contarle todo, absolutamente todo. Cuanto va usted a saber.

GABANEDA.—Pues le escucho.

SUAREZ.—Sólo pido que, mientras llega el momento de coger al K-29 en esta cabina como en una ratonera, no hable usted de ello con nadie.

GABANEDA.—No hablaré.

SUAREZ.—Ni con el señor Narbona.

GABANEDA.—Se lo prometo.

SUAREZ.—Pues voy a contarle... A fuerza de pensar, se me ocurrió esta sencilla idea: ¿Quién es nuestro principal enemi-

go? El periódico *La Tarde*. ¿Hay en *El Informador* un espía que favorece a *La Tarde?* Pues que haya en *La Tarde* un espía para favorecer al *Informador*.

GABANEDA.—¿Y ese espía?...

SUAREZ.—Mi cuñado.

GABANEDA.—Bien. Siga usted.

SUAREZ.—Mi cuñado, que no ha entrado en *La Tarde* de fotógrafo, sino con nombre supuesto y de remendista. ¿Comprende, señor Gabaneda? Y ha tenido la fortuna extraordinaria de saber que, desde hace tres noches, por esta cabina comunica con aquel periódico... el K-29.

GABANEDA.—¿Es eso cierto?

SUAREZ.—Rigurosamente cierto.

GABANEDA.—¿Se sabe la hora?

SUAREZ.—Después de nuestro cierre, cuando nadie queda en esta Dirección.

GABANEDA.—Entonces... lo que hoy dice *La Tarde*, molestando a Alfredo por su reportaje en la Sierra...

SUAREZ.—Anoche se comunicó.

GABANEDA.—Y cree usted que esta noche también...

SUAREZ.—Esta noche K-29 adelantará toda suerte de noticias sobre la información que van a hacer las dos señoritas redactoras en el asunto de cuadros del Museo y en los alcoholes.

GABANEDA.—Pero eso es matar nuestra campaña. ¡Es hundir el periódico!

SUAREZ.—Es una maquinación más del... agente secreto.

GABANEDA.—¡Es horrible!... ¿Y no sospecha usted?...

SUAREZ.—No hace falta sospechar, señor Gabaneda.

GABANEDA.—¿Qué quiere usted decir?

SUAREZ.—Que no hace falta, porque... va a caer pronto en mis manos.

GABANEDA.—¿En las suyas? ¿Pretende usted, solo?...

SUAREZ.—Sí, señor.

GABANEDA.—¿Lo ha pensado bien? Ese "K-29" del infierno es, sin duda, hombre peligroso. No se dejará coger así como así.

SUAREZ.—Señor Gabaneda... ¿no ha visto usted mi manipulación en la cabina? Por ella pasa la tubería del gas que va al taller de estereotipia, y en ella he practicado un pequeño agujero..., ¿comprende? Me cuidaré de abrir la llave, que los operarios dejan cerrada, y... cuando "K-29" acabe su comunicación, estará ya atontado. (*Pausa.*)

GABANEDA.—Es de esperar que así suceda; pero, ¿y si es otro el que entra en la cabina?

SUAREZ.—Tenga usted por seguro que quien a esa hora esté en la cabina... es "K-29".

GABANEDA.—¡Veremos! ¡Al diablo con el agente secreto! Con tal que no ocurra como la otra vez...

SUAREZ.—No ocurrirá.

GABANEDA.—De todos modos... yo juzgo conveniente decírselo a don Darío.

SUAREZ.—No, señor Gabaneda.

GABANEDA.—¿Por qué razón? La que dió usted antes... fué una razón banal.

SUAREZ.—Pero ahora me alegro de no haber avisado al director.

GABANEDA.—¿Teme usted que pudiera entorpecer... Con lealtad, amigo Suárez: ¿quién es para usted en este momento el "K-29"?

SUAREZ.—El que para usted, señor Gabaneda. Los dos pensamos en la misma persona.

GABANEDA.—¿Morante?

SUAREZ.—Morante.

GABANEDA.—Claro. Entonces teme usted que su suegro...

SUAREZ.—No por él, a quien aborrece, sino por la hija. Don Darío sabe bien que la casó con un granuja; pero no deja de ser padre, y aunque a grandes voces reniegue de esa hija... el corazón de un padre siempre guarda algo. Y Daniel Morante está casado con ella.

GABANEDA.—Justo, sí. ¿Usted supone?...

SUAREZ.—Lo que supone usted.

GABANEDA.—Que le dejaría escapar.

SUAREZ.—Evidente. !Cuento, pues, con su silencio, señor Gabaneda?

GABANEDA.—Y con mi ayuda, si es preciso.

SUAREZ.—Por de pronto, no necesito más que su silencio.

GABANEDA.—Está bien.

*(Cuando se van a separar, entra MARGARITA por el foro, elegantísima, como viniendo del teatro, donde ha estado con su marido.)*

MARGARITA.—¿Dónde te metes, Arturo? Espera que espera en el coche, y...

GABANEDA.—Perdona, mujer.

SUAREZ.—Yo, con permiso de ustedes...

GABANEDA.—A lo suyo, a lo suyo, amigo Suárez. Eso me gusta.

*(Suarez saluda con una inclinación a Margarita y hace mutis foro.)*

MARGARITA.—"No bajes del coche; son dos minutos". Y los dos minutos son ya media hora.

GABANEDA.—Perdona, repito.

MARGARITA.—Abajo no has estado siquiera. Yo vengo de la sala de máquinas.

GABANEDA.—Entré por la puerta de la Dirección.

MARGARITA.—Y, según parece, no has hablado tampoco con Darío.

GABANEDA.—Me entretuve con Suárez. Ya te he rogado que perdones. Iba precisamente a mandarte recado cuando...

MARGARITA.—Cuando me has visto entrar. ¡Si soy más oprtuna! (*Se sienta.*)

GABANEDA.—¿Te sientas?

MARGARITA.—Ahora ya... Como supongo que querrás ver la tirada... Pero si molesto...

GABANEDA.—Mujer... Como molestar... Precisamente molestar...

MARGARITA.—No, no, dilo claramente. Quiero saberlo para...

GABANEDA.—Para si molestas... quedarte.

MARGARITA.—Para eso. ¡Ja, ja! Admiro tus dotes de adivino.

GABANEDA.—Eres siempre la misma. (*Va hacia el foro.*)

MARGARITA.—¿Vas a las máquinas?

GABANEDA.—Sí.

MARGARITA.—¿Quieres encontrarme aquí cuando vuelvas?

GABANEDA.—Sé demasiado que te encontraré...

MARGARITA.—Acaba.

GABANEDA.—Si tu gusto es ése.

MARGARITA.—Mi gusto es ése... o volverme al coche. Ya sabes que quería irme directamente del teatro a casa.

GABANEDA.—No, Margarita; tu gusto es ése.

MARGARITA.—¿Quedarme? ¿Por qué razón?

GABANEDA.—Tú sabrás. Por la misma razón que viniste sola anoche... cuando ya no había nadie en el periódico. Y por la que te hizo venir anteanoche... casi a la misma hora.

MARGARITA.—No estás en tu juicio, Arturo.

GABANEDA.—¿Qué no?

MARGARITA.—Porque estándolo, y recelando de que haya venido estas dos noches... no me traerías tú mismo la tercera. Por lo demás... ya sabes que tengo una amiguita nueva en el periódico: una redactora.

GABANEDA.—Lo celebro. (*Con amarga ironía.*) ¿Qué te parece... si la lleváramos con nosotros en el próximo viaje a Egipto?

MARGARITA.—Por mí... (*Indiferente.*)

GABANEDA.—(*De pronto, despechado.*) Me voy a las máquinas.

MARGARITA.—Es lo mejor. (*Enciende un cigarrillo. Gabaneda espera un poco, indignado por tanta indiferencia, y hace mutis por el foro.*)

(*Al cabo de un instante, Margarita se levanta, mira a todos lados, tira el cigarrillo, se sienta a la mesa y se pone a escribir rápidamente. En esta actitud la sorprende DARIO, que entra cautelosamente por la derecha, creyendo no encontrar allí a nadie.*)

DARIO.—¿Eh? Usted. Siempre usted.

MARGARITA.—Darío...

DARIO.—¡No hay "Darío" que valga!

MARGARITA.—Baje usted la voz. Se lo ruego, se lo suplico (*Emocionada.*)

DARIO.—Pues bajo la voz. Es usted mi pesadilla, mi sombra

MARGARITA.—(*Ensayando una sonrisa.*) ¿Más... que el "K-29"?

DARIO.—¿Por qué dice usted eso?

MARGARITA.—Por nada. Se lo aseguro. Con ánimo simplemente de desarrugar su cara. Se pone usted tan feo cuando está enfadado...

DARIO.—¿A qué ha venido usted, señora?

MARGARITA.—A que hablemos.

DARIO.—Es asombroso. Pero, ¿qué tenemos nosotros que decirnos?

MARGARITA.—A juzgar por la actitud de usted..., nada en absoluto.

DARIO.—¿Mi actitud?

MARGARITA.—Apenas me vió entrar en la sala de máquinas, se escabulló usted detrás de unas bobinas, en busca de la escalera secreta.

DARIO.—Para volver por ella a mi despacho...

MARGARITA.—En donde no creía encontrarme.

DARIO.—No creía, señora. Esa es la verdad. Ni en el despacho...

MARGARITA.—Ni en ninguna parte.

DARIO.—También es la verdad.

MARGARITA.—¡Si lo creo! No se esfuerce en demostraciones. Pero yo he subido muy tranquila, por la redacción... y aquí esperaba... escribiéndole.

DARIO.—¿Escribiéndome... a mí?

MARGARITA.—A usted.

DARIO.—Mire, señora. Con toda rapidez, ¿eh?, lo antes posible..., que la vea a usted un especialista. Si llegamos a tiempo.

MARGARITA.—¿Tan loca estoy?

DARIO.—Para atar, sencillamente.

MARGARITA.—¡Ja, ja, ja!...

DARIO.—¿Se ríe usted?

MARGARITA.—Me río... (*Con otra voz.*) Me río, y, sin embargo, nunca estuvo mi risa como esta vez tan cerca de las lágrimas.

DARIO.—¿De las lág...? ¡Ja, ja, ja! Déjeme usted que sea yo ahora quien se ría con todas las fuerzas... ¿Conque lágrimas usted? ¿Va a descubrir, al cabo de los tiempos, una sentimental? Para atarla, ¿eh?, para atarla. Y yo, para troncharme, señora. Se lo juro. ¡Una sentimental!

MARGARITA.—¿Qué mujer no lo es? (*Un silencio.*)

DARIO.—(*Desconcertado.*) ¡Ah! pero...

MARGARITA.—Por frívola y coqueta que sea una mujer... lle-

va dentro un alma. Y cuando al hablar con el hombre a quien quiere, ¡como le quiera!, lo hace despidiéndose...

DARIO.—¿Despidién?...

MARGARITA.—Esta es nuestra última entrevista, Darío.

DARIO.—(*Rápido, vendiéndose.*) ¿Por qué?... (*Dándose cuenta.*) Bien. ¡Por qué, por qué! Tengo yo unas preguntas... ¿Conque la última entrevista?

MARGARITA.—Sí. Arturo quiere que salgamos la próxima semana para Egipto.

DARIO.—¿Y qué va a hacer en Egipto ese botarate? ¿Trepar a las pirámides? ¿O ahogarse en el Nilo?... Lo mejor era que se ahogase en el Nilo. La dejaría a usted tranquila. Pero no lo hará. Trepará a las pirámides. Es tan... idiota como todo eso. (*Nueva pausa.*)

MARGARITA.—Pues sí; como digo, es esta nuestra última conversación. Y llevo tres noches esperándola. Tres que vengo aquí a deshora, con cualquier pretexto..., cuando nadie queda en la casa.

DARIO.—(*Mirándola fijamente.*) ¿Usted hace eso, Margarita?

MARGARITA.—He hecho tantas cosas...

DARIO.—¿Por mí?

MARGARITA.—Por usted.

DARIO.—(*Dominándose, recobrándose.*) Pues no valía la pena, la verdad. ¡Cuando yo le digo que no valía la pena!... ¿Y qué pretexto buscó ante su marido para venir?

MARGARITA.—Estas dos noches pasadas comí con familias amigas, y me hice traer en su coche, con una excusa cualquiera. Ellos esperaban abajo.

DARIO.—¿Y esta noche...?

MARGARITA.—Viniendo del teatro con Arturo, aproveché que quería ver la tirada, para fingir un enfado, y que me dejase aquí tranquila.

DARIO.—Bien está. (*Ya enteramente "El".*) Las mujeres son ustedes muy habilidosas para planear lo más difícil... y conseguir lo más absurdo.

MARGARITA.—¿Todo eso le sugiere mi determinación, Darío? ¿No siente ya curiosidad por lo que hayamos de decirnos en esta última entrevista?

DARIO.—Por mi parte... todo lo tengo dicho. Por la suya...

MARGARITA.—Por la mía, no.

DARIO.—Pues diga usted.

MARGARITA.—Darío..., es tanto lo que tengo que decirle, que no voy a acertar con las palabras.

DARIO.—Me asusta usted, señora.

MARGARITA.—(*Dolida, con rabia creciente.*) "Me asusta usted, señora." Tembló un momento la emoción en sus labios,

pero ya vuelve usted a ser el hombre frío y sereno, el hombre hostil a la mujer que tanto le ha querido.

DARIO.—(*Impaciente.*) Bien, bien.

MARGARITA.—No, "bien", no. Así, no. Yo le he querido de modo distinto a las otras mujeres. A todas dejó usted, satisfecho su capricho, su vanidad lo que fuera. Y todas le dejaron también. Pero yo seguí queriéndole. Sus desplantes, sus reproches, su completo olvido de... lo que hubo entre nosotros, no sirvieron en mí para hacerme como las demás. (*Más recogida, más íntima.*) Paso a paso he seguido tu vida, y me he enterado, al correr de los años, de todas las mujeres con que tropezaste. ¡Qué poco duraban en tu corazón! ¿Era que no conocías el verdadero amor... o se trataba de un respeto sagrado a tu esposa? Sin embargo, de ella no he tenido nunca celos ni viva ni muerta. Pero de otra sí. ¡De otra sí!

DARIO.—¿De cuál?

MARGARITA.—¡Con qué indiferencia lo preguntas! ¡Hubo tantas!

DARIO.—Bien, pero...

MARGARITA.—Apremias, ¿verdad? Como a un visitante importuno. Pues voy a decírtelo. De una mujer he sentido celos horribles. De la que murió en esa cabina. (*Darío la mira sin responder.*) ¿Que por qué? No me lo preguntes, no quieras saberlo... De eso necesitaba hablar contigo. Quiero llevarme la convicción... ¿entiendes bien?, la convicción...

DARIO.—¿De que no era mi amante?

MARGARITA.—Al contrario, Darío.

DARIO.—¿Qué dices, mujer? ¿Quieres estar segura de que lo fué?

MARGARITA.—Sí. ¿No comprendes?

DARIO.—¡Loca, loca!... ¿Qué dejan suponer tus ojos? ¿Que fuiste tú...? ¡No! ¡No! Si tú la hubieses matado... tú serías el "K-29".

MARGARITA.—¿Y por qué no he de ser yo el "K-29"?

DARIO.—¿Eh?

MARGARITA.—Habla. Di. Contesta. ¿Por qué no he de ser yo el "K-29"?

(*En este momento se apaga enteramente la luz. Cuando a los breves instantes se enciende de nuevo... Margarita ha desaparecido.*)

DARIO.—(*Solo.*) ¡Qué extraño es todo esto! Algunas veces, en la otra redacción, se saben cosas que yo... que yo mismo igonoraba. Pero esta mujer... (*Pensativo, preocupado, va lentamente al escritorio y se sienta.*)

(*En el foro, GABANEDA.*)

GABANEDA.—¡Ah! ¿Está usted solo, Darío?... ¿No había subido aquí mi mujer?

DARIO.—Sí, aquí estuvo, pero... Ya ve usted. No está ya.

GABANEDA.—Se habrá marchado a casa. Mejor.

DARIO.—¿Sí? Pues mejor. ¿Qué fué ese apagón?

GABANEDA.—Nada. Un aprendiz que se equivocó en el cuadro.

DARIO.—Más vale así.

GABANEDA.—¿Se había asustado usted?

DARIO.—¿Yo?

GABANEDA.—Como estamos bajo al influencia de ese misterioso "K-29"...

DARIO.—¡Bah!

GABANEDA.—¿Tiene usted para mucho? ¿Nos damos un paseo?

DARIO.—(*Como atontado por lo extraño de las circunstancias.*) Bien, demos un paseo. Por más que... Bueno, será un paseo hasta la puerta de la calle, porque yo tomo el primer taxi. Necesito acostarme. Quiero mañana madrugar, y...

GABANEDA.—¿Qué tiene usted, Darío?

DARIO.—¿Yo? ¿Qué quiere usted que tenga?

GABANEDA.—¿Se encuentra usted mal?

DARIO.—Me encuentro perfectamente.

GABANEDA.—¿Vamos, entonces?

DARIO.—Vamos. (*Toca un timbre. Entra PABLO por la izquierda.*) El abrigo, Pablo.

PABLO.—Ahora mismo, don Darío. (*Pablo hace mutis por la derecha y vuelve en seguida con el abrigo y sombrero, ayudando a Darío.*)

DARIO.—(*A Pablo.*) Váyase usted también. ¡A dormir, a dormir!

PABLO.—Sí, señor. (*Queda esperando a que se vayan, junto al escritorio.*)

DARIO.—Cuando usted quiera, Gabaneda. (*A Pablo.*) Buenas noches.

PABLO.—Que ustedes descansen. (*En este momento, cuando los otros van a hacer mutis por el foro, suena el teléfono de mesa. Como Pablo está junto a él, descuelga.*) (*Al habla.*) Sí. *El Informador*... Ahora mismo se marcha... ¿Cómo? ¿Que no hace falta que se ponga al aparato?

DARIO.—Mi hijo.

PABLO.—Pues diga usted... Diga usted, don Alfredo. Bien... Bien... Sí, señor. (*A los otros.*) Que don Alfredo ha empezado la información antes de llegar a la Sierra... Que han parado a un labriego en la carretera y lo han subido al coche. Y que todo va por buen camino. (*Coloca el receptor en su sitio.*)

DARIO. — (*Dirigiéndose a la mesa.*) A ver. Traiga usted. (*Dándose cuenta.*) ¿Por qué ha soltado usted el aparato?

PABLO.—No sabía... Como don Alfredo acaba de decir...

DARIO.—Ustedes nunca saben nada... Vamos, Gabaneda.

GABANEDA.—Vamos.

*(Mutis de los dos por el foro. Hay una pausa. En ella Pablo entra un instante en la izquierda, vuelve con su bufanda y abrigo, que se pone, y luego de rebajar las luces de escena—que queda solamente alumbrada por débil reflejo del foro—hace mutis por éste. La escena queda vacía. Sería muy interesante que se pudiese oír el monótono zumbido de la rotativa en el silencio de la noche; pero como ello no es cosa fácil, el espectador se conformará exclusiamente con el silencio. Después de una pausa larga entra una sombra por la izquierda—DARIO— y se llega cautelosamente a la cabina. Va a abrir, pero nota resistencia. En el mismo instante, GABANEDA y SUAREZ aparecen en el foro, dando luz.)*

GABANEDA.—¡Narbona!... ¿Adónde iba usted?

DARIO.—¿Que adónde iba?... ¿Quiere usted saberlo?

GABANEDA.—Sí.

DARIO.—A cazar al "K-29".

GABANEDA.—¿Es posible?

DARIO.—Algo... sabía yo también de lo que esta noche se tramaba. El "K-29" está ahí dentro.

GABANEDA.—Pues basta con abrir...

DARIO.—Por dentro se ha cerrado. No abrirá usted fácilmente.

GABANEDA.—Sí abriremos. *(A Suárez.)* ¿Trae usted lo necesario?

SUAREZ.—Sí, señor. Una simple palanqueta.

DARIO.—¿Luego sabían ustedes?... *(Viéndoles avanzar.)* ¿Y sin armas?

GABANEDA.—Un agujero en el tubo del gas que pasa por la cabina nos entregará atontado, o muerto, tal vez, a ese "K-29".

DARIO.—¡Oh! ¿Y es usted?... ¿Es usted quien quiere abrir esta puerta?

GABANEDA.—Soy yo.

DARIO.—*(Consternado.)* ¡Pues ábrala!

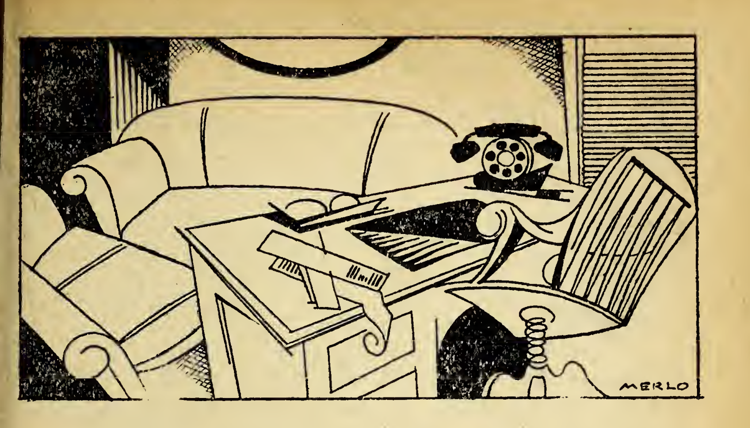
SUAREZ.—*(Después de manipular con la palanqueta.)* Ya está. *(Ante la enorme ansiedad de los otros, y del mismo Suárez, éste abre la puerta y un cuerpo cae pesadamente al suelo. Es Alfredo.)*

DARIO.—¡Oh! ¿Mi hijo?... ¡Pero si es mi hijo!... ¡¡Pero si es mi hijo!!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO




La misma decoración de los actos anteriores. De día, por la tarde.

*(En escena, EMMA, pintándose los labios ante un espejito de mano; SUAREZ, sentado en una butaca, pensativo, con los codos en las rodillas y los puños en la frente; ANGLADA, tumbado en un diván y lanzando bocanadas de humo. PABLO entra por la izquierda con unas cartas, que deja sobre la mesa, y quédase allí, tarareando en voz baja una canción. Al cabo de un momento entra DORIA por el foro, como viniendo de la calle.)*

DORIA.—¡Bonito cuadro!... ¿Pero qué hacéis así?

PABLO.—Ya lo ve usted, señorita Doria. Matándose por sacar el periódico.

EMMA.—(*Sin dejar su labor.*) ¡Ah! ¿Eres tú?

ANGLADA.—Felices, Doria.

DORIA.—Y tan felices.

ANGLADA.—Completamente felices.

PABLO.—Bueno, yo creo que podré echar un pitillo, ¿eh? (*Lo hace.*)

DORIA.—Pero ¿qué significa esto?

ANGLADA.—Pues que hay cola para trabajar; ya lo ves.

DORIA.—¿De modo que...? ¿Y Suárez tampoco? Pues no veo la razón, queridos.

ANGLADA.—Lo que no vas a ver es el periódico.

EMMA.—Valdría más que no lo viese.

PABLO.—Bueno, yo no he sabido hasta ahora que se leían

los churros. Porque lo que estos señores sacan desde hace unos días por periódico... es un churro.

EMMA.—Por eso no lo lee nadie.

ANGLADA.—Así está de preocupado el nuevo director.

ANGLADA.—¡Ja, ja, ja! Pero ¿no lo conocéis? Pues os lo voy a presentar: Pepito Suárez.

SUAREZ.—A mí dejadme en paz.

ANGLADA.—¡Pepito Suárez!... ¡El nuevo detective! ¡El terrible descifrador del misterio de la cabina! ¡El capturador audaz del famoso "K-29", Pepito Suárez, don José Suárez!
(*Ríen.*)

SUAREZ.—He dicho que me dejéis en paz. (*Se levanta.*) ¿O queréis que me vaya del periódico?

TODOS.—No. ¡Eso no!

EMMA.—Pobrecito periódico, Suárez. ¡Eso no!
(*Risas.*)

DORIA.—En serio, camaradas. ¿Por qué no trabajamos?

EMMA.—Sí, sí. Trabajemos. (*Sigue con lo suyo.*)

ANGLADA.—Pues trabajemos. (*Vuelve a tumbarse en el diván.*)

PABLO.—¡Pues trabajemos!... Yo, como ujier que soy, con sentarme en la antesala ya estoy trabajando.

ANGLADA.—Tú te quedas aquí.

SUAREZ.—Quien se marcha soy yo.

ANGLADA.—¿A la calle?

SUAREZ.—(*Serio.*) A mi puesto en la redacción. A hacer un artículo.

ANGLADA.—Pues anda. Tú siempre has sido... un anormal.
(*Nuevas risas. Suárez hace mutis por el foro.*)

DORIA.—Está preocupado, ¿eh?

PABLO.—¡Ya lo creo!

DORIA.—¿Por qué?

ANGLADA.—¡Ah! ¿No sabes? Por el suceso de la otra noche.

DORIA.—¿La captura del "K-29"? ¿Pero qué pasó? Porque yo me marché antes que vosotros y he estado fuera estos días, con el asunto de los alcoholes. Sé que Alfredo está enfermo, pero...

ANGLADA.—Cuenta, tú, Pablo.

EMMA.—Eso, Pablo: trabaje usted.

PABLO.—Pues verá, señorita Doria. El amigo don Pepe Suárez había descubierto el truco para cazar al "K-29". Un agujero en la tubería del gas, esperar a que entrase en la cabina... Y cuando ya tenía al "K-29" en la trampa, creyendo que era Daniel Morante, pues abre y... ¡en efecto! Era don Alfredo Narbona.

ANGLADA.—Y asfixiado. Un minuto más y fiambre.

EMMA.—Por fortuna, no le pasó nada.

DORIA.—¡Qué curioso!

ANGLADA.—Querrás decir ¡qué bruto!... Porque el motivo de su preocupación es ese: que se tiró una plancha, que por poco le mata el hijo a don Darío, y que cuando el ogro se lo eche a la cara ¡lo va a hacer migas!

DORIA.—¿Y si Alfredo Narbona es el "K-29"?

EMMA.—Eso digo yo.

DORIA.—Tú debes estar enterado, Angladita; ibas de fotógrafo con él aquella noche.

ANGLADA.—Pero me dió esquinazo. Cuando bajé de casa con los bártulos para ponerlos en el coche, me encontré sin el coche y sin él.

DORIA.—Sin duda, volvió al periódico y se metió en la cabina.

EMMA.—Sin que le viera nadie. También es raro.

PABLO.—Lo bueno es que a mí me están mareando con preguntas y con indagaciones. Porque hablé con él por teléfono momentos antes de aparecer ahí. Pero, señor, si una voz me dice: "Soy Alfredo Narbona" y "no hace falta que llame usted a mi padre", ¿por qué no voy a creerla?... ¡Y con lo que la voz de don Alfredo se desfigura por teléfono!... Que la gente es más cerrada...

DORIA.—Y don Darío...

EMMA.—Pues en casa con el pimpollo de su hijo.

DORIA.—Y el periódico...

ANGLADA.—Abandonado. Hasta que el hijo cure...

EMMA.—Como todos sabemos que el hijo es su pasión...

DORIA.—Su pasión y el "K-29". A mí no me cabe duda. ¡Y sospechábamos de Daniel Morante!

EMMA.—¡Menudo golpe ha recibido don Darío!

PABLO.—Claro. Porque entre el hijo y el yerno...

ANGLADA.—Bueno, os advierto que yo prefiero que sea el hijo, ¿eh? Daniel me infundía respeto. En cambio, Alfredo..., tan bonachón, tan optimista, tan simpático... Es un "K-29" encantador.

DORIA.—Y un asesino... ¿también encantador?

PABLO.—Señorita Doria...

DORIA.—Decidme, si no...: Si Alfredo Narbona es el "K-29"..., es también el asesino de Carlota Lutz.

ANGLADA.—Pues también. ¡Un asesino encantador!... La prueba, que ya no me da ningún miedo la cabina. ¡Hola, cabinita!...

(*Entra SUAREZ por el foro y va a la mesa del director.*)

SUAREZ.—No estáis hablando más que tonterías.

ANGLADA.—¿Otra vez aquí?

SUAREZ.—A ver si hacemos algo de provecho. Esta noche hay estreno.

ANGLADA.—Dos estrenos.

DORIA.—Es verdad. Dos estrenos y a la misma hora.

ANGLADA.—E importantes los dos. De autores de firma.

SUAREZ.—Además, hay el suceso ese. El *affer* de los dólares.

ANGLADA.—La cesta de cerezas. Cada día aparece más gente complicada.

SUAREZ.—Y la información política.

ANGLADA.—Y la información política. Eso es.

SUAREZ.—¿Qué vas a hacer tú?

ANGLADA.—¿Yo?... Ya sabes que no me gusta pisar el terreno a nadie. Haré la información política.

EMMA.—Lo más fácil, ¿no?

ANGLADA.—Mujer, lo más fácil...

DORIA.—Desde luego. Copias una frase de un ministro: "No ocurre nada, señores. Los rumores de crisis son absolutamente infundados." Después te dan la nota oficiosa... y ya está.

ANGLADA.—Pues hacedla vosotras.

SUAREZ.—Como sea, hay que poner en seguida manos a la obra. No puede seguir esta huelga casi general. Ni el redactor político, ni el crítico de teatros han asomado las narices por la redacción. Creo que también falta gente en la imprenta... No son puntuales más que el redactor deportivo y el revistero de toros.

ANGLADA.—Y tú y yo.

DORIA.—Y nosotras.

ANGLADA.—Los últimos monos.

EMMA.—Anglada...

ANGLADA.—Perdona. Me olvidaba: ¡y las últimas monas!

(*Por la izquierda entra GABANEDA, todos se levantan. Pablo se escabulle y hace mutis por donde puede.*)

GABANEDA.—Buenas tardes. Se trabaja, ¿eh? Se trabaja.

SUAREZ.—Señor Gabaneda, no sabemos cómo sacar hoy el número. No viene la gente.

GABANEDA.—Sáquenlo como el de ayer, y el de antes de ayer, y los de toda la semana. ¡Saquen un prospecto indecente! ¡Saquen un papelucho!

ANGLADA.—Nosotros...

GABANEDA.—Ustedes son dos nulidades. Y estas dos señoritas... son dos señoritas nada más. Muy bonitas, muy elegantes, pero dos señoritas. En estas ocasiones es cuando un periodista se revela. ¡Es cuando se tiene una idea genial!

ANGLADA.—¡Quién tuviera una idea genial! ¡Una sola!

GABANEDA.—Yo ya la he tenido. He vendido todas mis acciones. ¡Al diablo! Ya no tengo nada que ver.

SUAREZ.—¿Un cambio de empresa, señor Gabaneda? ¿A quién ha vendido usted?

GABANEDA.—¡Al diablo! ¿No acabo de decirlo?

SUAREZ.—¿Y por mí quizás? Por mi torpeza, queriendo capturar al "K-29".

GABANEDA.—Ya no me importan el "K-29"... ¡ni el J-52!

DORIA.—Sí claro. Usted tenía la mayor parte del capital. Y... el que ha comprado, ¿usted sabe?...

ANGLADA.—Eso. ¿De qué mal moriremos, señor Gabaneda? ¿Echará al director y a su hijo?

GABANEDA.—¡Qué se yo! No me importan un pitoche todos los Narbona. ¡Al diablo también!

EMMA.—(*Bajo a Doria.*) Viene satanesco el hombre.

ANGLADA.—El caos. ¡Esto es el caos!

(*Por el foro entra DARIO. Estupor en todos.*)

DARIO.—(*Que se supone ha oído las últimas palabras.*) ¡El caos, sí, señor!... ¡El caos! En cuanto yo falto unos días... ¡el caos! Telefoneen a todos los redactores que ya he vuelto, que vengan sin excusa... y el que no esté aquí dentro de una hora...., que se tenga por despedido. ¡Listos!

(*Hacen mutis por el foro Anglada, Doria y Emma. Esta dice antes, bajo, a Doria.*)

EMMA.—En cuanto se entere...

DARIO.—(*A Suárez, viendo que quiere pedirle perdón y no se atreve.*) Usted también a su sitio, Suárez.

SUAREZ.—Don Darío, yo quisiera...

DARIO.—Nada tiene usted que decirme.

SUAREZ.—Era pedirle perdón...

DARIO.—De nada tengo que perdonarle. (*Mutis Suárez por el foro.*) (*A Gabaneda.*) No recuerdo si he saludado a usted. Buenas tardes.

GABANEDA.—Buenas tardes. (*Pausa.*) ¿Viene usted ya a trabajar?

DARIO.—Ese propósito traigo. El incidente de mi hijo, su enfermedad, el ver... clavados en él los ojos de todos, me han quebrantado, no lo niego. A mí, al hombre de hierro, me han quebrantado. Naturamente, el periódico se ha resentido, ha bajado, hay quien lo da por muerto...

GABANEDA.—Yo mismo. Después del fracaso de la última campaña...

DARIO.—Intentaré rehacerlo.

GABANEDA.—¡A buena hora!

DARIO.—¿Por qué lo dice usted?

GABANEDA.—Amigo Narbona, ya voy siendo viejo... y necesito dormir.

DARIO.—¿Y se va usted a dormir... a las pirámides?

GABANEDA.—¡Ah! ¿Sabe usted?...

DARIO.—Me lo dijo incidentalmente Margarita.

GABANEDA.—Pues sí, nos vamos a Egipto. El incidente de su hijo de usted ha retrasado el viaje. Pero, mejor, porque me voy tranquilo. El capital que tenía en el periódico me quitaba el sueño.

DARIO.—Le quitaba...

GABANEDA.—Y lo he vendido. Ya no son mías las acciones. Vengo ahora mismo de deshacerme de ellas.

DARIO.—¡A buena hora!

GABANEDA.—A la mejor. Antes de que no valiesen nada.

DARIO.—¡A buena hora!... Cuando no tenía usted más capital que esas acciones, cuando la caída del periódico era su ruina, resistió usted todos los vaivenes sin vender. Los interesados... ¡en comprar! no encontraban modo de convencerle a usted. Y ahora que con los beneficios del periódico se ha hecho millonario, ahora que la ruina del periódico no le perturba a usted, antes bien, le permite irse tranquilamente... a las pirámides, ahora que podía tener el periódico como un lujo..., ¡vende!... Demasiado tarde.

GABANEDA.—Demasiado tarde, es verdad. Debí largar las acciones cuando estaban altas.

DARIO.—En otra ocasión, en otras circunstancias, esa resolución de usted..., ¡no puede imaginar la impresión que me hubiera hecho! No podrá calcular nunca lo que significaba... Pero ahora... ¡Ahora, ya no!

GABANEDA.—No conozco al comprador. Me he entendido con un agente; pero el agente me asegura que mi sucesor... desea estar en las mejores relaciones con usted.

DARIO.—¡Desde luego, hombre!

GABANEDA.—Así, pues, querido Narbona... tan amigos.

DARIO.—(*Con sarcasmo.*) Ha vendido usted sin avisarme, y con la santa intensión de hundirnos al periódico y a mí!... Ve usted morir con un bravo encogimiento de hombros al diario y al hombre que le sacaron a usted de una librería de viejo para hacerle millonario. Obra usted mal, pero ¡qué demonio! Todos somos iguales. El negocio es lo primero. ¡Al negocio!... Tan amigos, Gabaneda: tan amigos.

GABANEDA.—Sus prontos de usted. Ya verá las cosas con más calma.

DARIO.—Con toda sangre fría. Caeré... ¡con toda sangre fría! ¡Nadie verá temblar a Darío Narbona!... Ni usted: usted claro que no. ¿Cómo va a verme temblar desde el país de los faraones... y de las momias?

GABANEDA.—Adiós, Darío...

DARIO.—Vaya usted con Dios. (*Mutis Gabaneda por el foro. Cuando ya ha salido.*) Vaya usted... ¡al infierno! (*Darío se pone a mirar el montón de telegramas que tiene sobre la mesa. Inútil intento de trabajar. Tira los telegramas. Se levanta.*) Ya no. Ya no... ¡Ya no es posible!

(*AMA VIRTUDES por la izquierda.*)

VIRTUDES.—¿Solos? Muy bien.

DARIO.—¿Por qué viene usted aquí?... ¿Está mal Alfredo? ¿He recaído?

VIRTUDES.—No, hombre de Dios. El chico está bien. Al saber que usted venía a la redacción, ha pedido ropa de calle... y vistiéndose está.

DARIO.—¡Que no venga! ¡No quiero que venga! (*Va al teléfono de mesa.*)

VIRTUDES.—Será inútil que le dé esa orden. Vendrá.

DARIO.—¡Es más fuerte que yo!

VIRTUDES.—Los dos parecen unos leones, y se están portando como dos niños... Y todo, ¿por qué? Por una de esas cosas del periódico. ¡Como si fuese la primera! ¡Pues pocas veces se ha visto en trances peores el dichoso papel! Ya lo decía la nena. (*Darío se vuelve rápidamente a mirarla.*) La nena, sí. ¿No se puede nombrar? (*Darío se encoge de hombros.*) ¡Qué padres! ¡Señor, qué padres!... Una nena tan rica, ocho meses sin verla, y cuando la nombran se encoge de hombros.

DARIO.—Si cree usted que no tengo derecho... Se fué de casa, se casó contra mi voluntad...

VIRTUDES.—Pero se casó.

DARIO.—Con un periodista... sin más capital que su pluma.

VIRTUDES.—Como se casó usted.

DARIO.—Por eso mismo: porque sé de todas las necesidades, de todas las humillaciones...

VIRTUDES.—Ahora se gana más escribiendo.

DARIO.—Sí, se escribe menos y se gana más.

VIRTUDES.—¿Quién le dice a usted que el muchacho?... Y, siendo felices, como lo serán... (*Mirándole con el rabillo del ojo.*) Como lo son...

DARIO.—¡Bah! ¿Qué sabe usted?

VIRTUDES.—Como lo son, repito. Con mucho entusiasmo y mucho amor a la vida. Pobre o no, él es hombre de bien. Aunque se marcharon de aquí el mismo día, supo respetarla mientras no era su mujer... Ah, señor: no corren ya muchos hombres de esa clase.

DARIO.—Bien. ¿Pero no ha venido usted a decirme más que esto? ¿A interrumpirme para esto?...

VIRTUDES.—Si es interrumpir y molestar... dar la noticia de que una hija es dichosa...

DARIO.—Nada tengo que ver con ella. En ocho meses no ha sido para poner a su padre un mal telegrama.

VIRTUDES.—¡Je, je, je!... Señor, eso se lo cuenta usted a un linotipista de la imprenta, y se lo cree: yo no.

DARIO.—Bien, bien.

VIRTUDES.—Yo no, porque sé que es mentira. Como usted también lo sabe. Si no ha perdido la memoria.

DARIO.—Que está bien, ama Virtudes.

VIRTUDES.—La nena, al salir de la iglesia, le puso a usted un telegrama...

DARIO.—Le digo que está bien. (*Descompuesto.*) ¡Que está bien! ¿Pero no me oye usted?

VIRTUDES.—(*Muy tranquila.*) Le oigo... pero continúo. He de decirlo todo. Pues la nena le puso un telegrama, que usted rompió. Y una carta a los ocho días... que usted rompió.

DARIO.—¿Y qué más?

VIRTUDES.—¿Le parece a usted poco?

DARIO.—Muy poco. Poquísimo. ¡Poquísimo!... Que un padre enojado rompa un telegrama y una carta, no es motivo para que una hija, si es... buena, se ofenda y riña con él para siempre.

VIRTUDES.—¿Y la nena no es buena?

DARIO.—¡No!

VIRTUDES.—¡Je, je, je!

DARIO.—Me está usted poniendo nervioso con esa risa. (*Virtudes sigue riendo.*) ¡Nervioso! ¿Oye usted?

VIRTUDES.—Sí, pero...

DARIO.—Pero continúa.

VIRTUDES.—Sí, señor. Porque la nena no es sólo buena, sino lista también. Por buena, ha seguido escribiendo a su padre todas las semanas, como si tal cosa, y por lista... ha venido mandándome a mí las cartas, para que no las rompiera el ogro. ¿Se entera usted?

DARIO.—(*Impresionado.*) La nena... ¿Ha hecho eso mi nena?

VIRTUDES.—Ha hecho eso su nena. Sí, señor. ¿Qué pasa? ¡Je, jc, je!... ¿Puedo ahora reírme? Y a mí también me escriben: los dos. Y en la última carta, me dicen que vienen a Madrid "muy felices, muy contentos... y con muchas *ilusiónes*"; y lo de ilusiones lo ponen con..., ¿cómo se dice?, con letra bastardilla. ¡Milagro será!

DARIO.—¿Y vienen, dice usted?

VIRTUDES.—Sí, señor.

DARIO.—¿Cuándo?

VIRTUDES.—Eso no lo dicen. ¡Para que una esté con estas ansias esperándoles!... Ya podían decir cuándo y en que tren. Yo, por si acaso, les he preparado la habitación.

DARIO.—¡En mi casa!

VIRTUDES.—En la casa de su madre. Allí. La habitación de su madre. ¡Pues no faltaba más!

DARIO.—Está bien. Seré yo el que salga de allí. La casa... para ellos. Está bien.

VIRTUDES.—¿Qué es eso? Nunca le he visto a usted así.

DARIO.—Es verdad. Nunca me he entregado.

VIRTUDES.—Es que vamos siendo viejos.

DARIO.—Eso, sí.

VIRTUDES.—Pues dejemos paso libre a los que vienen.

DARIO.—Paso libre a los que vienen. ¡Paso libre!... Así será, ama Virtudes. ¡Así será!

(*PABLO por la izquierda.*)

PABLO.—La señora de Gabaneda.

DARIO.—¡No estoy!

(*Mutis Pablo.*)

VIRTUDES.—Bien contestado. Todavía esa mujer...

DARIO.—Ni esa... ni ninguna.

VIRTUDES.—Hombre... ¡Je, je je! Esa es otra cosa que puede usted contarle al linotipista de la imprenta. A mí, no. Como si no le conociera a usted.

(*Por la izquierda, MARGARITA.*)

MARGARITA.—¿No quiere usted recibirme? (*Viendo a ama Virtudes.*) ¡Ah! Buenas tardes, ama Virtudes.

VIRTUDES.—Buenas se las dé Dios señora.

MARGARITA.—¿Cómo está Alfredo?

VIRTUDES.—Bien. Ya pasó todo.

MARGARITA.—Gracias a usted. Todos la admiran.

VIRTUDES.—¡Qué malas deben ser las gentes que dan mérito a esto!... ¡Je, je je! (*A Darío.*) ¿Quiere algo de mí?

DARIO.—Nada, ama Virtudes; que si sabe algo más...

VIRTUDES.—¡Me faltaría tiempo! (*A Margarita.*) Adiós, se-

ñora. Buenas tardes, señora. Y... buen viaje, señora (*Mutis por la izquierda.*)

MARGARITA.—Me odia... por instinto.

DARIO.—¡Qué sabe ella! Es buena simplemente. Y no sabe ser otra cosa que ser buena. ¡Qué envidia debe darnos!... ¿Por qué no tendremos nosotros un alma así?

MARGARITA.—Se puede llegar a tenerla.

DARIO.—Ni usted ni yo estamos en ese camino.

MARGARITA.—(*Suplicante.*) No me insulte usted hoy. Hoy no vengo a oír sus insultos.

DARIO.—¿No? Menos mal. ¿Pues a qué viene usted? No será a despedirse. Lo hizo ya aquella noche, de una extraña manera, durante el apagón...

MARGARITA.—Darío...

DARIO.—No me explique nada. Prefiero a la mujer... como es: incomprensible. Si se la comprende..., adiós ilusión.

MARGARITA.—Es usted muy cruel.

DARIO.—¿No quiere decirme a qué ha venido?

MARGARITA.—Acabo de enterarme del... golpe financiero de mi marido.

DARIO.—Golpe mortal para el periódico. ¿No... será una venganza? Esto, el viaje de ustedes...

MARGARITA.—El ignora, Darío.

DARIO.—Como venganza... era al fin explicable.

MARGARITA.—¿Quiere usted no ofenderle... más?

DARIO.—(*Con desdén.*) Le desprecio, que es peor.

MARGARITA.—Y he venido, por tanto, con más serenidad, con más calma que la otra noche..., a que liquidemos esa cuenta.

DARIO.—Usted dirá cómo, señora.

MARGARITA.—Para mí es fácil. Le quise a usted... porque me subyugaba; me subyugaba su talento, su fuerza, su orgullo. Deslumbrada caí.

DARIO.—Y ahora...

MARGARITA.—Ahora he dejado de quererle a usted como entonces.

DARIO.—Porque soy un vencido, un despojo.

MARGARITA.—Por eso.

DARIO.—Es una confesión.

MARGARITA.—Es un castigo.

DARIO.—Suponiendo que lo fuese... para mí.

MARGARITA.—Para mí más cruel. Veo ahora todo el mal que hice. He recobrado la serenidad, he entrado en razón... y puedo acusarme.

DARIO.—(*Humanizándose.*) Aquello pasó. Y está tan lejano... Es cuestión de olvidar.

MARGARITA.—Olvidemos. Sin embargo...

DARIO.—¿Qué?

MARGARITA.—Es muy difícil saber cuándo se aman más las ilusiones: si cuando se tienen... o cuando se han perdido. Olvidemos. Y, para olvidar todo... tenga usted uno de sus arranques asombrosos, Darío. Luche usted y esclavice el éxito una vez más. Que yo le vea de nuevo vencedor.

DARIO.—Para...

MARGARITA.—¿No adivina?... Para que yo me sienta libre de su obsesión, y pueda rehacer mi conciencia. (*Rota la voz.*) Porque si antes por su valer, por su dominio fuí ofuscada... ahora, al ver humillado y caído al que amé tanto, le compadezco, me atrae su dolor, y su dolor me encadena. Sea usted el Darío Narbona de antes, despótico, despiadado..., brutal. Porque si le veo débil y desvalido, va a tomar fuerza en mí un nuevo sentimiento; voy... a odiar al que le ha derrotado, y a usted, la víctima... ¡no voy a poder dejarle de querer! (*Mutis Margarita.*)

(*Darío, solo. Un momento inmóvil, inexpresivo. Nuevo intento de trabajar. Resueltamente no puede. Suena el teléfono de la cabina. Va allí, y habla con la puerta abierta.*)

DARIO.—Alló... Sí. Yo mismo. Soy yo mismo. Darío Narbona. Diga... Lo sabía. El mismo me lo ha dicho. Gracias... ¡Oh! Ya veremos, ya veremos. (*Un gesto de desaliento.*) ¡Qué sé yo! ¡Es tan difícil ya!... Me encuentro viejo, querido. Hoy me encuentro muy viejo... Tu buen deseo de siempre... A la noche. Bueno... Hasta la noche. (*Deja el aparato.*)

(*Durante éste monólogo, ha entrado ALFREDO en escena.*)

ALFREDO.—No era cosa del periódico. No trabajas.

DARIO.—No. Todavía no. Acabo de llegar. ¿Y tú? ¿Por qué has venido aquí? Habíamos quedado en que ya no querías ser periodista.

ALFREDO.—Y no quiero.

DARIO.—¿Entonces?...

ALFREDO.—Mientras no venías al periódico, yo no tenía por qué hablar. ¿Vuelves? ¿Vas a dirigir de nuevo "El Informador"? Pues tengo que hablar.

DARIO.—¿Que hablar? ¿De qué?

ALFREDO.—De tí, de mí: de los dos.

DARIO.—(*Prevenido, afrontando la cuestión que sea con su entereza de siempre.*) Bien. Siéntate. Hablemos.

ALFREDO.—(*Humilde.*) Aquello... padre... no puede séguir.

DARIO—¿Aquello?

ALFREDO.—Aquello inexplicable.

DARIO.—Inexplicable tú..., tus palabras.

ALFREDO.—El fantástico "K-29" no puede volver a actuar. ¿Me entiendes ahora?

DARIO.—Menos.

ALFREDO.—Pero... ¿no te has dado cuenta de que yo... lo sabía?

DARIO.—Tú lo sabías. ¿Qué sabías tú? ¡Vamos! ¡Di!

ALFREDO.—(*Con un gran esfuerzo.*) Sabía que "K-29"... eras tú.

DARIO.—¿Yo? ¿Estás loco?

ALFREDO.—¿Vas a obligarme a una acusación? ¿A presentarte mis pruebas? ¿A confundirte con mis pruebas?... ¡Ahórrame ese dolor, padre!

DARIO.—(*Anonadado.*) Ya no puedo negar. A tí... ¡no te lo puedo negar! A ti solo... no te lo puedo negar.

ALFREDO.—¿Pero por qué, padre? Y sobre todo, ¿para qué?

DARIO.—Vas a saberlo. Hace treinta años—no habías nacido tú—un librero de viejo y un joven bohemio fundamos un periódico. ¡Qué bien escrito salió aquel periódico! Con qué entusiasmo lo dirigía, lo redactaba, lo ajustaba ¡y lo hacía yo todo!... El periódico alcanzó rápidamente una gran difusión. Imprenta propia, casa propia después... La sociedad anónima más tarde, el nuevo edificio, las linotipias, la enorme rotativa, ¡el triunfo!... Con dos cosas tan frágiles y tan livianas como son una pluma y una cuartilla, había yo fabricado un coloso. ¡Yo! ¡Yo! Porque todo era obra mía. Y el coloso empezó a hacer milagros. He encumbrado políticos; les he dado y les he quitado el poder; he inmortalizado nombres de artistas y de sabios; he conmovido a España; he alumbrado una fuente de millones; he sido en momentos árbitro de la paz y de la guerra... Mientras fuí joven, el sentimiento de mi fuerza colmaba mi vanidad. ¡Era... el periodista! Es decir, era el hombre que no se acuerda de sí mismo, que se anula y se obscurece, como humildísimo servidor de su propio pensamiento.

ALFREDO.—Así te veía yo.

DARIO.—Los años... Pasaban los años. Vosotros crecíais. Un día pensé en vuestro porvenir. Yo, que hacía ministros; yo, que hacía famas; yo, que imponía mis ideas a la muchedumbre; yo, que ganaba millones... para la empresa..., os iba a dejar apenas un pedazo de pan. El periódico era millonario; su director, su alma, seguía siendo pobre: un asalariado. Os iba a dejar... la pluma, como el esclavo dejaba a sus hijos... las

herramientas del trabajo con la servidumbre. Y entonces, ¡por vosotros!..., pensé en hacerme rico. ¡Pronto! Era necesario no gastar tiempo. ¿Y qué otra riqueza podía yo conquistar que la del periódico, que era obra mía?... Empezó a actuar "K-29". El periódico tenía fracasos, sus acciones bajaban, y yo..., por tercera mano invisible, con mis pequeños ahorros... compraba. Entonces emprendía una campaña brillante; las acciones subían; yo cobraba beneficios, y para comprar de nuevo..., "K-29" provocaba otra depreciación. Y así, con esas oscilaciones bruscas iba, primero poco a poco, después a grandes jugadas, acaparando el capital. Ya no me quedaba que espantar más que un accionista, el más aferrado al negocio, el más... terco: el antiguo librero de lance. La útima hazaña de "K-29" lo asustó, por fin..., y ahora, hoy, el periódico es mío.

ALFREDO.—¡A buena hora!

DARIO.—Lo mismo he dicho yo. ¡A buena hora! (*Un silencio.*)

ALFREDO.—(*Con la mirada en tierra, haciendo temerosamente su revelación.*) Yo estaba enamorado de Carlota Luzt.

DARIO.—(*Sorpresa.*) ¿De... ella? ¿La querías tú?

ALFREDO.—La quería yo... *también*. La quisimos los dos. Era una mujer fascinadora.

DARIO.—(*Consternado.*) ¡La querías tú... también!

ALFREDO.—(*Con progresiva animación.*) Era una mujer fascinadora. Conmigo coqueteó, conmigo jugó despiadadamente; me sometió a la tortura y al deleite de sus desdenes y sus promesas; me tuvo así cautivo sin prometer una palabra... hasta que fué tu amante. La impulsaba la ambición; quería subir, quería brillar como escritora y como mujer; su talento tenía para ella el mismo valor que sus ojos o su boca: un hechizo más. Naturalmente, para sus fines era buena presa Darío Narbona, el director del gran rotativo. Si te casabas con ella..., su vanidad triunfaría rápidamente... Fué tu amante traicionándome a mí, destrozándome el corazón a mí. Callé. Me propuse callar. Tu eras mi rival, y tú tenías derecho a todo. Pero tú a ella, domador de mujeres, ibas a abandonarla... como a tantas. Y ella, con su sagacidad perversa, poseía tu secreto: sabía que "K-29" eras tú; tenía pruebas, las mismas que tengo yo, y al ver fracasado su plan, ideó su venganza. Aquella noche ahí, desde esa cabina, te iba a desenmascarar, te iba a perder.

DARIO.—¡Ella!

ALFREDO.—No le di lugar a que hablase. La clavé ahí. (*Un silencio. Darío ha recibido con fría calma la revelación. Medi-*

*ta. Alfredo sigue hablando.*) La última noche..., cuando "K-29" estaba a punto de ser descubierto... entré yo ahí mismo. Tú ibas a perderte, y yo... ¿para qué quería la vida ya?

DARIO.—(*Da unos pasos hacia Alfredo, le toma la frente entre las manos, le mira al fondo de los ojos.*) Nadie creerá todo eso. Fácimente admitirán todos, todos, los jueces y los demás..., que es una mentira generosa ideada por un hijo de gran corazón para salvar a su padre. En cambio, si yo declaro todas mis maquinaciones y digo que maté para no ser denunciado... ¡nadie lo pondrá en duda!... ¿Comprendes? Todos verán en mis palabras la verdad, la confesión definitiva. ¿Comprendes? Si hablas..., ¡hablaré yo!

ALFREDO.—Es que...

DARIO.—(*Imperioso, inapelable.*) ¡Silencio!

(*En la izquierda, LUISA y DANIEL.*)

LUISA.—¡Papá!

DARIO.—(*Emocionadísimo.*) ¡Hija!

LUISA.—Ahora no me puedes negar tu perdón. No puedes, no puedes.

DARIO.—(*Como atontado.*) No puedo... negarte mi perdón...

LUISA.—Aunque haya arreglado mi vida contra tu voluntad, hay por encima de tu voluntad y de la mía... otra que viene, papá. Las... *ilusiones* que puse en bastardilla a ama Virtudes. ¿No adivinas aún? (*Unas palabras al oído.*)

DARIO.—Mi nena...

DANIEL.—Yo vengo a trabajar, don Darío. Es necesario trabajar. Trabajar para ser rico... para los que vendrán.

DARIO.—(*Resuelto.*) Sí. Tenéis razón. ¡Tenéis razón! (*Va a la mesa y toca un timbre. Se transfigura por momentos en otro hombre, en el hombre de siempre. Entra PABLO.*) ¡A ver!... Que vengan Suárez, Anglada, las muchachas... ¡Pronto!

(*Mutis PABLO por el foro.*)

ALFREDO.—Quisiera decirte...

DARIO.—No tengo tiempo de escuchar nada.

(*Entran por el foro EMMA, DORIA, SUAREZ y ANGLADA. PABLO también.*)

ANGLADA.—Señor director...

DARIO.—¡Silencio!... Tú, Daniel, un artículo sobre los cambios. Usted, señorita Doria, anuncie la campaña sobre los alcoholes. Usted, a un estreno, Suárez, y usted, Anglada, al otro. ¡Esos cuadros del museo, señorita Emma! ¡El primer artículo a toda prisa!... Tú, Luisa, desde ahora mismo en la administración. ¡Hay que jubilar a don Luis! Y tú. Alfredo, la información del *affer* de los dólares. ¡A escape! ¡Llévate fotó-

grafos! ¡Espero un reportaje sensacional!... ¡Pronto! ¿Pero no oyen ustedes?... ¿A qué esperan? ¡Es Narbona el que habla! ¡Nada menos que Darío Narbona! (*Todos hacen mutis por foro y derecha, y una de las muchachas a la cabina.*) "El Informador" va a salir mañana... ¡mejor hecho que nunca! (*Telón.*)

FIN DE LA COMEDIA



Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.